UNE ✦ SACRA

Brujería y Wicca

La Naturaleza de las Cosas

✦ ✦ ✦

Atribuido a Paracelso

Traducción (edición 1.2)

Créditos

Autor	Atribuido a Paracelso
Fecha	1537 (traducción inglesa de 1894)
Idioma original	Alemán
Versión	Traducción (edición 1.2)
Traducción	Traducción popular, a partir de la versión inglesa de A. E. Waite (1894)
Fuente	Internet Archive — The Hermetic and Alchemical Writings of Paracelsus, vol. I (1894)
Licencia	CC BY-NC-SA 4.0 · original: Dominio público

Acerca de:

Paracelso —nombre adoptado por Theophrastus Bombastus von Hohenheim (1493/94–1541), médico suizo-alemán— fue uno de los personajes más famosos y polémicos del Renacimiento.

Andariego, quemó en público los libros de medicina antigua en Basilea, escribió en alemán en vez de latín y defendió que el médico aprendiera de la naturaleza, de la experiencia y de la alquimia, usada para preparar remedios.

Se le atribuyen la teoría de los tres principios (azufre, mercurio y sal), la idea de los espíritus elementales (ninfas, silfos, pigmeos y salamandras) y una vasta obra de medicina, filosofía natural y magia, casi toda publicada después de su muerte.

La Naturaleza de las Cosas (De natura rerum), en nueve libros dedicados a un amigo, lleva la fecha de 1537, pero muchos estudiosos la consideran obra de discípulos, escrita en nombre del maestro.

Trata de la generación, el crecimiento, la conservación, la vida, la muerte, la resurrección, la transmutación y la separación de las cosas naturales y, en el noveno libro, de las

"signaturas": los signos exteriores por los que la naturaleza revelaría las virtudes escondidas de plantas, minerales y personas, con la quiromancia y la fisiognomía.

En este libro aparece la famosa receta del homúnculo, el pequeño ser humano engendrado en un frasco de vidrio.

La traducción es la de Arthur Edward Waite (1894), en el primer volumen de los Escritos Herméticos y Alquímicos de Paracelso; las notas a pie de página de Waite quedaron fuera.

Fuente: https://archive.org/details/cu31924092287121

Esta traducción popular y el diseño de este archivo son de Une Sacra, bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 (CC BY-NC-SA 4.0): puede copiarse y compartirse citando "Une Sacra (unesacra.com)", sin uso comercial y con la misma licencia. El texto original sigue la licencia de su fuente. Términos de uso: unesacra.com/#/legal/terms

Edición digital generada el 26 de noviembre de 2026 por Une Sacra, biblioteca abierta de textos sagrados. · UneSacra.com

Índice

I. De la generación de las cosas naturales

II. Del crecimiento de las cosas naturales

III. De la conservación de las cosas naturales

IV. De la vida de las cosas naturales

V. De la muerte de las cosas naturales

VI. De la resucitación de las cosas naturales

VII. De la transmutación de las cosas naturales

VIII. De las separaciones de las cosas naturales

IX. De la signatura de las cosas naturales

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

I. DE LA GENERACIÓN DE LAS COSAS NATURALES

✦

1 La generación de todas las cosas naturales es doble: una que se realiza por la Naturaleza sin el Arte, y otra que se lleva a cabo por el Arte, es decir, por la Alquimia; aunque, en general, podría decirse que todas las cosas se engendran de la tierra con ayuda de la putrefacción. Porque la putrefacción es el grado más alto y el primer comienzo de la generación.

1.2 Pero la putrefacción se origina de un calor húmedo. Pues un calor húmedo constante produce la putrefacción y transmuta todas las cosas naturales de su primera forma y esencia, así como de su fuerza y eficacia, en otra cosa.

1.3 Porque así como la putrefacción en las entrañas transmuta y reduce todos los alimentos a estiércol, así también, fuera del vientre, la putrefacción en el vidrio transmuta todas las cosas de una forma a otra, de una esencia a otra, de un color a otro, de un olor a otro, de una virtud a otra, de una fuerza a otra, de un conjunto de propiedades a otro y, en una palabra, de una cualidad a otra.

1.4 Pues se sabe y se comprueba por la experiencia diaria que muchas cosas buenas, que son saludables y medicinales, se vuelven, después de su putrefacción, malas, malsanas y puro veneno. Así, por otra parte, muchas cosas son malas, malsanas, venenosas y dañinas, y después de su putrefacción se vuelven buenas, pierden todo su efecto maligno y se convierten en medicinas notables.

2 Porque la putrefacción produce grandes efectos, de lo cual tenemos un buen ejemplo en el sagrado Evangelio, donde Cristo dice: «Si el grano de trigo no es echado en el campo y se pudre, no puede dar fruto al ciento por uno». De aquí puede saberse que muchas cosas se multiplican por la putrefacción, de modo que producen un fruto excelente.

2.2 Porque la putrefacción es el cambio y la muerte de todas las cosas, y la destrucción de la primera esencia de todos los objetos naturales, de donde brota para nosotros la regeneración y un nuevo nacimiento diez mil veces mejor que el anterior.

3 Ya que la putrefacción es el primer paso y el comienzo de la generación, es sumamente necesario que comprendamos a fondo este proceso. Pero hay muchas clases de putrefacción, y una produce su generación mejor que otra, una más rápidamente que otra.

3.2 Hemos dicho también que lo húmedo y cálido constituye el primer grado y el principio de la putrefacción, que procrea todas las cosas como la gallina procrea sus huevos. Por eso, por la putrefacción y en ella, todo se convierte en flema mucilaginosa y materia viva, sea lo que sea en lo que finalmente se transforme.

3.3 Veis un ejemplo en los huevos, en los cuales hay una humedad mucilaginosa que, por un calor continuo, se pudre y se vivifica en el pollo vivo, no solo por el calor que viene de la gallina, sino por cualquier calor semejante. Pues con tal grado de calor pueden llevarse los huevos a madurez en el vidrio, y con el calor de las cenizas, de modo que se conviertan en aves vivas.

3.4 También cualquier hombre puede llevar el huevo a madurez bajo su propio brazo y procrear el pollo tan bien como la gallina. Y aquí hay que advertir algo más. Si el ave viva se quema hasta reducirla a polvo y ceniza en una cucúrbita sellada con el tercer grado de fuego, y luego, todavía encerrada, se pudre con el más alto grado de putrefacción en un venter equinus hasta convertirse en flema mucilaginosa, entonces esa flema puede llevarse de nuevo a madurez y así, renovada y restaurada, puede volver a ser un ave viva, con tal que la flema se encierre una vez más en su vasija o recipiente.

4 Esto es revivir a los muertos por regeneración y clarificación, lo cual es en verdad un grande y profundo milagro de la Naturaleza. Por este proceso todas las aves pueden ser muertas y hechas vivir de nuevo, renovadas y restauradas. Este es el mayor y más alto milagro y misterio de Dios, que Dios ha revelado al hombre mortal.

4.2 Porque habéis de saber que de este modo pueden engendrarse hombres sin padre ni madre naturales; es decir, no de la manera natural, de la mujer, sino que por el arte y la industria de un espagírico experto puede nacer y crecer un hombre, como se describirá más adelante.

5 Es también posible para la Naturaleza que nazcan hombres de animales, y este resultado tiene causas naturales, pero aun así no puede producirse sin herejía e impiedad.

5.2 Si un hombre tiene trato carnal con un animal, y ese animal, como una mujer, recibe la semilla del hombre con apetito y lujuria en su matriz y la encierra allí, entonces la semilla necesariamente se pudre y, por el calor continuo del cuerpo, nace de ella un hombre, y no un animal.

5.3 Porque siempre, cualquiera que sea la semilla que se siembra, tal es el fruto que de ella se produce. Si no fuera así, sería contra la luz de la Naturaleza y contrario a la filosofía. Cual es la semilla, tal es la hierba que brota de ella. De la semilla de una cebolla brota una cebolla, no una rosa, una nuez o una lechuga.

5.4 Así también, del trigo viene trigo; de la cebada, cebada; de la avena, avena. Así sucede también con todos los demás frutos que tienen semillas y se siembran.

6 De igual manera, es posible, y no contrario a la Naturaleza, que de una mujer y un hombre nazca un animal irracional. Pero no por ello debe pronunciarse el mismo juicio sobre la mujer que sobre el hombre, es decir, no por eso debe considerársela hereje, como si hubiera obrado contra la Naturaleza; sino que el resultado debe atribuirse a la imaginación.

6.2 La imaginación es muy a menudo la causa de esto: y la imaginación de una mujer encinta es tan activa que, al concebir la semilla en su cuerpo, puede transmutar el feto de diversas maneras, ya que sus astros interiores se dirigen con tanta fuerza al feto que producen en él impresión e influencia.

6.3 Por eso el niño en el vientre de la madre está, durante su formación, tan en la mano y bajo la voluntad de la madre como el barro en la mano del alfarero, que forma y hace de él lo que quiere y lo que le place. Así la madre encinta forma el fruto en su propio cuerpo según su imaginación y según sean sus astros.

6.4 Por eso sucede a menudo que de la semilla de un hombre se engendran reses u otros monstruos horribles, según la imaginación de la madre se dirigió con fuerza hacia el embrión.

6.5 Pero así como ya habéis oído que muchas y diversas cosas se engendran y se vivifican a partir de la putrefacción, así debéis saber que de diferentes hierbas, mediante un proceso de putrefacción, se producen animales, como saben quienes tienen experiencia en tales asuntos.

7 Aquí también debéis aprender que los animales que se producen en la putrefacción y por ella contienen todos algún veneno y son ponzoñosos; pero uno contiene mucho más virus, y más potente, que otro, y uno tiene una forma y otro otra, como veis en el caso de las serpientes, los sapos, las ranas, los basiliscos, las arañas, las abejas, las hormigas y muchos gusanos, como las orugas, en las langostas y en otras criaturas, todas las cuales se producen a partir de la putrefacción.

7.2 Porque entre los animales se producen muchos monstruos. Hay también monstruos que no se producen por putrefacción, sino que se hacen por arte en el vidrio, como se ha dicho, pues a menudo aparecen con forma muy maravillosa y aspecto horrible; con frecuencia, por ejemplo, con muchas cabezas, muchos pies o muchas colas, y de diversos colores; a veces gusanos con colas de pez o alas de ave, y otras formas insólitas, cuyo semejante nunca antes se había visto.

7.3 No se llaman, pues, monstruos solo los animales que no tienen padres o que nacen de padres distintos de ellos, sino también los que se producen de otras maneras.

7.4 Así lo veis con respecto al basilisco, que es un monstruo por encima de todos los demás, y al que ninguno ha de temerse más, ya que un hombre puede morir por la sola vista y aparición de él, pues posee un veneno más virulento que todos los demás, con el cual nada en el mundo puede compararse.

8 Este veneno lo lleva, por algún medio desconocido, en los ojos, y es un veneno que actúa sobre la imaginación, no del todo distinto de una mujer menstruante, que también lleva veneno en los ojos, de tal manera que por su sola mirada el espejo se mancha y se empaña. Así también, si mira una herida o una llaga, la afecta de modo semejante e impide su curación.

8.2 También con su aliento, así como con su mirada, afecta a muchos objetos, dejándolos corrompidos y débiles, y también con su tacto. Veis que si manipula el vino durante su menstruación, pronto se agria y se espesa. El vinagre que ella manipula se echa a perder y se vuelve inútil. El vino generoso pierde su potencia.

8.3 De igual manera, el ámbar, la algalia, el almizcle y otras sustancias de olor intenso, llevadas y manipuladas por tal mujer, pierden su olor. El oro, los corales y muchas gemas pierden su color, así como los espejos se ven afectados de este modo. Pero —para volver a mi propósito de escribir sobre el basilisco— cómo lleva su veneno en el ojo.

8.4 Habéis de saber que obtiene ese poder y ese veneno de las mujeres impuras, como se ha dicho arriba. Porque el basilisco se produce y crece de la principal impureza de la mujer, a saber, de la sangre menstrual. Así también, de la sangre del semen; si se coloca en un recipiente de vidrio y se deja pudrir en estiércol de caballo, de esa putrefacción se produce un basilisco.

9 Pero ¿quién sería tan osado y atrevido como para querer producirlo, aun para atraparlo y matarlo enseguida, si antes no se hubiera vestido y protegido con espejos? Yo no persuadiría a nadie de hacerlo, y quiero aconsejar a todos que sean cautos.

9.2 Pero, para continuar nuestro tratado sobre los monstruos, sabed que los engendros monstruosos entre los animales, que se producen por métodos distintos de la propagación de sus semejantes, rara vez viven mucho, especialmente cerca de otros animales o entre ellos, ya que, por su naturaleza injertada y por la disposición divina, todos los monstruos son odiosos a los animales debidamente engendrados de su propia semejanza.

9.3 Así también, los engendros humanos monstruosos rara vez viven mucho. Cuanto más maravillosos y dignos de atención son, tanto antes les llega la muerte; tanto es así que apenas alguno de ellos pasa del tercer día en presencia de seres humanos, a menos que sea llevado enseguida a un lugar secreto y apartado de todos los hombres.

9.4 Ha de saberse, en verdad, que Dios aborrece los monstruos de esta clase. Le desagradan, y ninguno de ellos puede salvarse cuando no lleva la semejanza de Dios.

9.5 Solo puede conjeturarse que son formados por el Diablo y nacidos para el servicio del Diablo más que de Dios; ya que de ningún monstruo se derivó jamás obra buena alguna, sino, por el contrario, mal y pecado, y toda clase de astucias diabólicas.

10 Porque así como el verdugo marca a sus hijos cuando les corta las orejas, les arranca los ojos, les marca a fuego las mejillas, les corta los dedos, las manos o la cabeza, así también el Diablo marca a sus propios hijos, mediante la imaginación de la madre, que ellos derivan de sus malos deseos, lujurias y pensamientos en la concepción.

10.2 Por eso deben evitarse todos los hombres que tienen más o menos del número habitual de algún miembro, o que tienen algún miembro duplicado. Porque eso es un presagio del Diablo y señal cierta de maldad y as-

tucia ocultas. Pero tampoco debemos en modo alguno olvidar la generación de los homúnculos.

10.3 Porque hay algo de verdad en esta cosa, aunque durante mucho tiempo se mantuvo de la manera más oculta y en secreto, mientras había no poca duda y discusión entre algunos de los antiguos filósofos sobre si era posible a la Naturaleza y al Arte que un hombre fuese engendrado sin el cuerpo femenino y la matriz natural.

10.4 Respondo a esto que no se opone en modo alguno al Arte espagírico ni a la Naturaleza; antes bien, es perfectamente posible. Para lograrlo, debéis proceder así.

10.5 Dejad que el semen de un hombre se pudra por sí solo en una cucúrbita sellada con la más alta putrefacción del venter equinus durante cuarenta días, o hasta que por fin comience a vivir, moverse y agitarse, lo cual puede verse fácilmente. Pasado este tiempo será en cierto grado semejante a un ser humano, pero, no obstante, transparente y sin cuerpo.

11 Si ahora, después de esto, se le nutre y alimenta cada día con cautela y prudencia con el arcano de la sangre humana, y se le mantiene durante cuarenta semanas en el calor perpetuo y uniforme de un venter equinus, se convierte desde entonces en un niño verdadero y vivo, con todos los miembros de un niño nacido de mujer, pero mucho más pequeño.

11.2 A este lo llamamos homúnculo; y después debe ser educado con el mayor cuidado y celo, hasta que crezca y comience a mostrar inteligencia. Ahora bien, este es uno de los mayores secretos que Dios ha revelado al hombre mortal y falible.

11.3 Es un milagro y una maravilla de Dios, un arcano por encima de todos los arcanos, y merece mantenerse en secreto hasta los últimos tiempos, cuando nada quedará oculto, sino que todas las cosas serán manifestadas.

11.4 Y aunque hasta ahora no ha sido conocido por los hombres, sí lo conocieron hace mucho los espíritus de los bosques, las ninfas y los gigantes, porque ellos mismos surgieron de esta fuente; ya que de tales homúnculos, cuando llegan a la edad adulta, se producen gigantes, pigmeos y otras gentes maravillosas, que son instrumentos de grandes cosas, que obtienen grandes victorias sobre sus enemigos y conocen todos los asuntos secretos y ocultos.

12 Como por el Arte adquieren su vida, por el Arte adquieren su cuerpo, carne, huesos y sangre, y nacen por el Arte, por eso el Arte está incorporado en ellos y nace con ellos, y no tienen necesidad de aprender, sino que otros se ven obligados a aprender de ellos, ya que han surgido del Arte y viven por él, como una rosa o una flor en un jardín, y se les llama hijos de los espíritus de los bosques y de las ninfas, porque en su virtud no son como los hombres, sino como los espíritus.

13 Aquí también sería necesario hablar de la generación de los metales, pero como ya hemos escrito suficientemente sobre ellos en nuestro libro Sobre la generación de los metales, trataremos aquí el asunto muy brevemente, y solo en poco espacio señalaremos lo que allí omitimos.

13.2 Sabed, pues, que los siete metales nacen de una materia triple, a saber, Mercurio, Azufre y Sal, pero con coloraciones distintas y peculiares. De este modo, Hermes dijo con verdad que los siete metales estaban he-

chos y compuestos de tres sustancias, e igualmente también las tinturas y la Piedra de los Filósofos. A estas tres sustancias las llama Espíritu, Alma y Cuerpo.

13.3 Pero no señaló cómo debía entenderse esto, ni qué quería decir con ello, aunque posiblemente también conociera los tres principios, pero no hace mención de ellos. No digo, por tanto, que estuviera en error, sino que guardó silencio.

13.4 Ahora bien, para que estas tres sustancias distintas se entiendan rectamente, a saber, espíritu, alma y cuerpo, ha de saberse que no significan otra cosa que los tres principios, Mercurio, Azufre y Sal, de los cuales se engendran los siete metales. Porque el Mercurio es el espíritu, el Azufre es el alma y la Sal es el cuerpo.

13.5 El metal entre el espíritu y el cuerpo, del cual habla Hermes, es el alma, que en verdad es el Azufre. Une esos dos contrarios, el cuerpo y el espíritu, y los cambia en una sola esencia.

14 Pero no ha de entenderse que de cualquier Mercurio, cualquier Azufre y cualquier Sal puedan engendrarse estos siete metales, ni, del mismo modo, la Tintura o la Piedra de los Filósofos, por el Arte y la industria del alquimista en el fuego; sino que todos estos siete metales deben engendrarse en las montañas por el Arqueo de la tierra.

14.2 El alquimista transmutará los metales con más facilidad que los engendrará o los hará. Sin embargo, el Mercurio vivo es la madre de los siete metales y merece ser llamado la Madre de los Metales.

14.3 Porque es un metal abierto y contiene, por así decirlo, en sí mismo todos los colores que entrega de sí en el fuego; y así también, de manera oculta, contiene en sí todos los metales, que sin fuego no entrega de sí.

14.4 Pero la regeneración y renovación de los metales se realiza así: como el hombre puede volver al seno de su madre, es decir, a la tierra de la que surgió el primer hombre, y así puede nacer otra vez de nuevo en el último día, así también todos los metales pueden volver al mercurio vivo, pueden convertirse en Mercurio y ser regenerados y clarificados por el fuego, si permanecen cuarenta semanas en calor perpetuo, como un niño en el seno de su madre.

14.5 Ahora bien, nacen, sin embargo, no como metales comunes, sino como metales que tiñen: porque si, como se ha dicho, Luna es regenerada, después teñirá todos los metales en Luna. Así el oro tiñe los demás metales en Sol, y de igual manera debe entenderse de todos los demás metales.

15 Ahora bien, cuando Hermes dijo que el alma era el único medio que une el espíritu al cuerpo, no tenía una concepción inadecuada de la verdad. Y puesto que el Azufre es esa alma y, como el fuego, apresura y prepara todas las cosas, puede también enlazar el espíritu y el cuerpo, incorporarlos y unirlos, de modo que se produzca un cuerpo nobilísimo.

15.2 No obstante, no es el azufre común combustible el que ha de tenerse por alma de los metales; sino que esa alma es otro cuerpo combustible y corruptible. No puede, por tanto, quemarse con ningún fuego, ya que es ella misma enteramente fuego y, en verdad, no es otra cosa que la Quintaesencia del Azufre, que se extrae mediante el espíritu de vino del Azufre reverberado, y es de color rubí y clara como el rubí mismo.

15.3 Este es en verdad un arcano poderoso y excelente para transmutar los metales blancos y para coagular el mercurio vivo en oro fijo y probado. Tenedlo en estima como un tesoro para enriqueceros; y deberíais contentaros con este solo secreto en la transmutación de los metales.

15.4 Sobre la generación de los minerales y semimetales no es preciso saber más que lo que dijimos al principio sobre los metales, a saber, que se producen, del mismo modo, de esos tres principios, Mercurio, Azufre y Sal, aunque no, como los metales, de estos principios en su perfección, sino del Mercurio, el Azufre y la Sal más imperfectos y débiles, pero todavía con sus colores distintos.

16 La generación de las gemas se realiza por la sutileza de la tierra, y fluye de ella, a partir del Mercurio, el Azufre y la Sal claros y cristalinos, también según sus propios colores distintos. La generación de las piedras comunes procede de la sutileza del agua, por el Mercurio, el Azufre y la Sal mucilaginosos.

16.2 Porque todas las piedras se producen por el mucílago del agua, así como también los guijarros y la arena se coagulan en piedras a partir de la misma fuente. Esto es patente a los ojos: porque toda piedra colocada en el agua atrae pronto hacia sí el mucílago.

16.3 Si ahora se toma esa materia mucilaginosa de tales piedras y se coagula en una cucúrbita, se producirá una piedra de la misma clase que la que por sí misma se produciría y coagularía en el agua, pero al cabo de un largo período de tiempo.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

II. DEL CRECIMIENTO DE LAS COSAS NATURALES

✦

1 Es bastante claro, y bien conocido por todos, que todas las cosas naturales crecen y maduran por el calor y la humedad, como se demuestra claramente por la lluvia seguida del sol. Nadie puede negar que la tierra se vuelve fértil por la lluvia, y todos deben confesar que toda clase de fruto es madurada por el sol.

1.2 Ya que, por institución divina, esto es posible a la Naturaleza, ¿quién negará o se resistirá a creer que el hombre posee este mismo poder mediante una práctica prudente y hábil del Arte alquímico, de modo que haga fecundo lo infecundo, maduro lo inmaduro, y haga que todo aumente y crezca?

1.3 La Escritura dice que Dios sometió al hombre todas las cosas creadas y se las entregó como si fueran propiedad suya, para que las usara según su necesidad, para que tuviera dominio sobre los peces del mar, las aves del cielo y todo lo que hay en la tierra sin excepción.

1.4 Por eso el hombre debe alegrarse, porque Dios lo ha iluminado y dotado, de modo que todas las criaturas de Dios están obligadas a obedecerle y a estarle sujetas, especialmente toda la tierra, junto con todas las cosas que nacen, viven y se mueven en ella y sobre ella.

2 Puesto que vemos con nuestros ojos, y nos enseña la experiencia diaria, que cuanto más con frecuencia y más abundantemente la lluvia humedece la tierra, y el sol la seca de nuevo con su calor y su ardor, tanto antes brotan y maduran los frutos de la tierra, mientras todos los frutos aumentan y cre-

cen, sea cual sea la época del año, que nadie se maraville de que también el alquimista, mediante múltiples imbibiciones y destilaciones, pueda producir el mismo efecto.

2.2 Porque ¿qué es la lluvia sino la imbibición de la tierra? ¿Qué son el calor y el ardor del sol sino el proceso de destilación del sol, que extrae de nuevo la humedad? Por eso digo que es posible, mediante tal cooptación, en pleno invierno, producir hierbas verdes, flores y frutos, por medio de la tierra y el agua, a partir de la semilla y la raíz.

2.3 Ahora bien, si esto sucede con las hierbas y las flores, sucederá también en muchas otras cosas semejantes, como, por ejemplo, en todos los minerales, cuyos metales imperfectos pueden madurarse con agua mineral por la industria y el arte del alquimista experto.

2.4 Así también todas las marcasitas, granitos, cincs, arsénicos, talcos, cachimias, bismutos, antimonios, etc., todos los cuales llevan consigo Sol y Luna inmaduros, pueden madurarse hasta igualarse a las más ricas vetas de oro y plata, solo mediante tal cooptación. Así también se maduran y perfeccionan el Elixir y las Tinturas de los metales.

3 Puesto que, por tanto, la humedad y el calor maduran todas las cosas y las hacen crecer, que nadie se maraville de que, al cabo de mucho tiempo, en el caso de un criminal en la horca, le crezcan la barba, el cabello y las uñas; ni se tome esto por señal de inocencia, como lo interpretan los ignorantes. Es algo puramente natural y procede de causas naturales.

3.2 Mientras hay humedad en el cuerpo, crecen las uñas, la barba y el cabello; y, lo que es más, en el caso de un hombre enterrado en la tierra misma, las uñas, la barba y el cabello crecen hasta el segundo año, o hasta el tiempo de la descomposición del hombre.

4 Ha de saberse también que muchas sustancias crecen y aumentan perpetuamente en tamaño, peso y virtud, tanto en el agua como en la tierra, en cada una de las cuales permanecen buenas y eficaces, como, por ejemplo, los metales, las marcasitas, las cachimias, los talcos, los granitos, el antimonio, los bismutos, las gemas, las perlas, los corales, todas las piedras y arcillas. Así también puede lograrse que Sol crezca y aumente en peso y en cuerpo, con tal que se entierre en una tierra orientada al este y se fertilice constantemente con orina humana fresca y estiércol de paloma.

5 Es también posible que el oro sea tratado por la industria y el arte del alquimista experto de tal modo que crezca en una cucúrbita con muchas ramas y hojas maravillosas, experimento que es muy agradable de contemplar y lleno de maravillas.

5.2 El proceso es el siguiente: calcínese el oro por medio del agua regia de modo que se convierta en una cal yesosa; colóquese esta en una cucúrbita, vertiendo agua regia buena y fresca y agua de gradación de modo que la cubra por encima de cuatro dedos. Extráigase de nuevo con el tercer grado de fuego hasta que nada más ascienda.

5.3 Viértase otra vez sobre ella agua destilada, y extráigase una vez más por destilación como antes. Hágase esto hasta que veáis a Sol elevarse en el vidrio y crecer en forma de árbol con muchas ramas y hojas. Así se produce de Sol un arbusto maravilloso y hermoso que los alquimistas llaman la Hierba de Oro, o el Árbol de los Filósofos.

5.4 El proceso es el mismo con los demás metales, salvo que la calcinación puede ser diferente y quizá haya que usar alguna otra agua fuerte. Esto lo dejo a vuestra experiencia. Si sois versados en Alquimia, haréis lo correcto en estos detalles.

6 Sabed también que puede sacarse cualquier pedernal del agua de un río, colocarse en una cucúrbita y rociarse con su propia agua corriente hasta que la cucúrbita esté llena. Esta puede extraerse de nuevo por destilación, mientras ascienda una sola gota, hasta que la piedra esté seca. Llénese otra vez la cucúrbita con esta agua y extráigase una vez más.

6.2 Repítase esto hasta que la cucúrbita se llene con esta piedra. De este modo, por medio de la Alquimia, en pocos días veréis que puede hacerse una piedra muy grande, como el Arqueo de las aguas apenas podría hacer en muchos años. Si después rompéis la cucúrbita sobre una piedra, tendréis un pedernal con la forma de la cucúrbita, como si se hubiera vaciado en el vidrio. Aunque esto no os sea de provecho alguno, es con todo una cosa muy maravillosa.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

III. DE LA CONSERVACIÓN DE LAS COSAS NATURALES

✦

1 Para que una cosa pueda conservarse y defenderse del daño, es necesario ante todo conocer a su enemigo, de modo que pueda protegerse de él, y no sea dañada ni corrompida por él en su sustancia, virtud o fuerza, ni sufra pérdida de ningún otro modo.

1.2 Mucho depende, pues, de esto: de que se reconozca al enemigo de todas las cosas naturales; porque ¿quién puede guardarse de la pérdida y de la suerte adversa si ignora a su enemigo? Ciertamente, nadie. Es necesario, por tanto, que tal enemigo sea conocido.

1.3 Hay muchos enemigos; y es tan necesario conocer lo malo como lo bueno. ¿Quién, en efecto, puede conocer lo bueno sin conocer lo malo? Nadie. Nadie que nunca haya estado enfermo sabe cuán gran tesoro es la salud. ¿Quién sabe lo que es la alegría, si nunca estuvo triste ni afligido? ¿Y quién sabe rectamente lo que es Dios, si no sabe nada del diablo?

1.4 Por eso, así como Dios nos ha dado a conocer al enemigo de nuestra alma, es decir, el diablo, también nos señala al enemigo de nuestra vida, es decir, la muerte, que es enemiga de nuestro cuerpo, de nuestra salud, enemiga de la medicina y de todas las cosas naturales. Nos ha dado a conocer a este enemigo y también cómo y por qué medios debemos escapar de él.

2 Porque así como no hay enfermedad contra la cual no se haya creado y descubierto una medicina que la cure y la expulse, así siempre hay una cosa puesta frente a otra: un agua frente a otra, una piedra frente a otra, un mi-

neral frente a otro, un veneno frente a otro, un metal frente a otro; y lo mismo en muchas otras materias, que no es necesario enumerar aquí.

3 Pero debe saberse cómo y por qué medios cada cosa en particular se conserva y se guarda de la pérdida: que muchas cosas, por ejemplo, han de guardarse largo tiempo en la tierra. Todas las raíces, especialmente, permanecen largo tiempo en la tierra fecundas e incorruptas.

3.2 Del mismo modo, las hierbas, las flores y todos los frutos se mantienen sin corromperse y verdes en el agua. Así también muchos otros frutos, y especialmente las manzanas, pueden conservarse en agua y protegerse de toda corrupción hasta que se produzcan manzanas nuevas.

4 Así también la carne y la sangre, que muy pronto se pudren y se vuelven rancias, pueden guardarse en agua fría de manantial; y no solo eso, sino que, por la cooptación de agua de manantial renovada y fresca, pueden transmutarse en una quintaesencia y conservarse para siempre de la corrupción y el mal olor sin ningún bálsamo.

4.2 Y este proceso no solo conserva la carne y la sangre, sino que (por así decirlo) conserva todas las demás clases de carne y sangre, y especialmente el cuerpo del hombre, de toda corrupción y de muchas enfermedades que nacen de la corrupción, mejor que la momia común.

4.3 Pero para que la sangre se conserve por sí misma de la corrupción y el mal olor, y no como quintaesencia, y también para proteger otra sangre, como se ha dicho, debéis usar este proceso: sepárese la sangre de su flema, que se mueve por sí misma y es empujada a la superficie.

4.4 Retírese esta agua inclinando hábilmente el recipiente, y añádase a la sangre una cantidad suficiente del agua de sal, cuya preparación os enseñamos en nuestra Chirurgia Magna.

4.5 Esta agua se mezcla enseguida con la sangre, y conserva la sangre de tal modo que nunca se pudre ni se enrancia, sino que permanece fresca y sumamente roja después de muchos años, tan bien como el primer día; lo cual es, en verdad, una gran maravilla.

4.6 Pero si no sabéis preparar esta agua, o no tenéis ninguna a mano, verted una cantidad suficiente del mejor y más excelente bálsamo, que produce el mismo efecto. Ahora bien, esta sangre es el Bálsamo de los Bálsamos y se llama el Arcano de la Sangre.

5 Es de una virtud tan grande y maravillosa que sería increíble si la mencionáramos. Por eso la mantendréis oculta, como un gran secreto de la medicina.

6 En la conservación de los metales, lo primero que hay que aprender es cuáles son sus enemigos, para que así puedan guardarse mejor de la pérdida. Los principales enemigos de los metales son, pues, todas las aguas fuertes; todas las aguas regias, todos los corrosivos y sales muestran su hostilidad en esto: que mortifican todos los metales, los calcinan, los corrompen y los reducen a nada.

6.2 El azufre crudo muestra su hostilidad por su humo; porque con su humo quita a Venus el color y el rojo y la vuelve blanca. A los metales blancos, como Luna, Júpiter, Saturno y Marte, les quita su blancura y los enrojece, o les induce un color rojizo. Al oro le quita el agradable amarillo y el tinte dorado, lo vuelve negro y lo hace tan feo como es posible.

7 El antimonio muestra su hostilidad en esto: que estropea todos los metales con los que se licúa en el fuego y con los que se mezcla; los despoja y los roba; además, como el azufre, roba a los metales su color genuino y lo sustituye por otro.

8 El azogue, por otra parte, ejerce una fuerza hostil sobre los metales con los que se une, en cuanto los invade y los disuelve de modo que hace de ellos una amalgama. Además, su humo, que llamamos hollín de Mercurio, vuelve todos los metales no maleables y frágiles; los calcina y blanquea todos los metales rojos y de color dorado.

8.2 Es el principal enemigo del hierro y del acero, porque si el mercurio común toca una barra de acero, o si la barra se unta con aceite mercurial, después puede romperse como vidrio y cortarse. Este es en verdad un gran secreto y debe mantenerse estrictamente oculto.

8.3 Del mismo modo también el imán debe guardarse y apartarse del Mercurio, porque ejerce hostilidad sobre él como sobre Marte. Porque todo imán que toca el mercurio común, o que se unta con aceite mercurial, o que solo se coloca en Mercurio, nunca más atrae el hierro.

8.4 Que nadie se sorprenda de esto; hay una causa natural para ello, ya que el Mercurio extrae el espíritu del hierro que el imán tiene latente en sí. Por eso también el espíritu del hierro en el imán atrae hacia sí el cuerpo de Marte; y esto sucede no solo en el imán, sino en todas las demás cosas naturales, de modo que el espíritu extraño que está en un cuerpo ajeno, que no es de su propia naturaleza, siempre atrae un cuerpo que concuerda con su propia naturaleza.

8.5 Esto debe saberse no solo del imán, sino de todos los cuerpos naturales, como minerales, piedras, hierbas, raíces, hombres y animales.

9 Después de esto, ha de saberse que los metales ejercen hostilidad entre sí y se odian mutuamente por su naturaleza innata; como veis en el caso de Saturno, que es el principal enemigo de Sol por su naturaleza congénita.

Quiebra todos los miembros del oro, lo deforma, lo debilita y lo destruye y corrompe hasta la muerte, más que a cualquier otro metal.

9.2 Odia también al estaño y es enemigo de todos los metales, porque los vuelve degenerados, no maleables, duros e inútiles, si se mezcla con cualquiera de ellos en el fuego o en fundición.

10 Ya que ya habéis oído acerca de los enemigos de los metales, aprended además acerca de su preservación y conservación, que guardan los metales de toda pérdida y corrupción y, además, los fortalecen en su naturaleza y virtud, mientras los elevan a un grado más alto de color.

10.2 Primero, pues, debe saberse del oro que no puede conservarse mejor ni más hermosamente que en orina de muchachos en la que se haya disuelto sal amoníaco, o solo en agua de sal amoníaco. En ellas, con el tiempo, adquiere un grado de color tan alto que no puede superarse.

10.3 La plata no puede preservarse ni conservarse mejor que si se hierve en agua común o en acetum en que se hayan disuelto tártaro y sal. De este modo cualquier plata vieja, aunque esté ennegrecida y manchada, se renueva si se hierve así. Para el hierro y el acero el mejor y más útil conservante y preservativo es la manteca fresca, no salada, de una cerda castrada.

10.4 Esta protege todo hierro y acero del óxido si se untan con ella una vez al mes. Del mismo modo, si el hierro se licúa con arsénico fijo y de vez en cuando se lleva a fundición, puede renovarse y fijarse de tal modo que, como la plata, nunca se oxide.

10.5 El cobre puede conservarse y preservarse con solo mezclarlo con Mercurio sublimado, o untarlo con aceite de sal, de modo que en adelante no desprenda vitriolo ni cardenillo, ni se vuelva de color verde.

11 El plomo no puede conservarse mejor que en agua fría y en un lugar húmedo; tal es su naturaleza. Pero para la conservación del imán nada es mejor que las limaduras de hierro o de acero. Si el imán se coloca en ellas, no solo no disminuye su fuerza, sino que crece más y más cada día.

12 En cuanto a la conservación de las sales y de todas aquellas sustancias que son de naturaleza salina y se comprenden bajo el nombre de sal, de las cuales hay más de cien, conviene saber que deben guardarse en un lugar cálido y seco, y bien protegidas del aire en cajas de madera. No deben colocarse sobre vidrio, piedra ni metal. Por estos se disuelven y se convierten en agua y amalgama; pero esto no ocurre en la madera.

13 Además, debéis aprender el método de conservar ciertas aguas y licores por medio de hierbas prensadas, raíces y otros frutos y cosas que crecen, los cuales absorben fácilmente todo moho y enmohecimiento, como si una piel los envolviera. Colóquense estas aguas, u otros licores, en un recipiente de vidrio, estrecho por arriba y más ancho por abajo.

13.2 Llénese el recipiente hasta el borde y añádanse luego unas gotas de aceite de oliva, de modo que toda el agua o el licor quede cubierto. El aceite flotará encima y, de este modo, protegerá el licor o el agua largo tiempo del moho y del enmohecimiento. Ninguna agua ni licor, si está cubierto de aceite, puede jamás enmohecerse ni oler mal.

13.3 De este modo también dos aguas, dos licores, dos vinos pueden guardarse por separado en un mismo recipiente, de modo que no se mezclen; y no solo dos, sino tres, cuatro, cinco o aún más, con tal que haya aceite entre ellos, porque quedan separados por el aceite como por un muro, que no permite que se junten y se unan.

13.4 Porque el aceite y el agua son dos contrarios, y ninguno puede mezclarse con el otro. Así como el aceite no permite que las aguas se mezclen, así, por otra parte, el agua impide que los aceites se confundan.

14 Para la conservación y preservación de los paños y vestidos de la polilla, de modo que no los coma ni se asiente en ellos, nada es mejor que el mástique, el alcanfor, el ámbar gris o el almizcle; pero lo mejor es la algalia, que no solo preserva de la polilla, sino que ahuyenta y pone en fuga a las polillas, con otros gusanos, pulgas, piojos y chinches.

15 Todas las maderas pueden conservarse, como en los edificios o los puentes, de modo que nunca se pudran, ya estén en el agua, bajo el agua o fuera del agua, en la tierra, bajo tierra o fuera de la tierra, ya expuestas a la lluvia o al viento, al aire, a la nieve o al hielo, en verano o en invierno, y además impidiendo que se pudran o que críen gusanos una vez taladas.

15.2 El método de conservación en este caso es aquel gran arcano contra todas las putrefacciones, y un secreto tan notable que ningún otro puede compararse con él. No es otro que el aceite de azufre, cuyo proceso de preparación es el siguiente: pulverícese azufre amarillo común y colóquese en una cucúrbita. Viértase sobre él tanta agua fuerte como para cubrirlo cuatro dedos.

15.3 Retírese esta por destilación tres o cuatro veces, la última hasta que quede completamente seco. Colóquese el azufre que queda en el fondo, que es de un color rojizo oscuro, sobre mármol o vidrio, y se disolverá fácilmente en un aceite. Este es un gran secreto en la conservación de la madera, para que nunca se pudra y quede protegida de los gusanos.

15.4 Porque si el azufre se prepara como se ha dicho y se convierte en aceite, después tiñe la madera que se ha untado con él de tal modo que nunca puede borrarse.

16 Muchas otras cosas pueden también conservarse y preservarse de la corrupción con este aceite de azufre, especialmente las cuerdas y cables de los barcos y de los mástiles, de los carros, las redes de pesca, los lazos de pajareros y cazadores y otras cosas semejantes que se usan a menudo en el agua y bajo la lluvia, y de otro modo estarían expuestas a pudrirse y romperse; así también los paños de lino y otras cosas parecidas.

17 Debe atenderse también a la conservación de las cosas potables, bajo las cuales comprendemos el vino, la cerveza, el hidromiel, el vinagre y la leche. Si queremos guardar estas cinco intactas y en su virtud, es necesario conocer a su principal enemigo. Este no es otro que las mujeres impuras en el tiempo de su menstruación.

17.2 Ellas corrompen estas cosas si las manipulan o tienen algo que ver con ellas, si las miran o les echan el aliento. El vino se altera y se espesa, la cerveza y el hidromiel se agrian, el vinagre se debilita y pierde su acidez, y la leche también se agria y se cuaja.

18 Esto, por tanto, debe saberse bien antes de decir nada especial sobre la conservación de alguna de estas cosas en particular. Además, el principal preservativo del vino es el azufre y el aceite de azufre, por medio de los cuales todo vino puede conservarse muchísimo tiempo, de modo que ni se espese ni se altere en modo alguno.

19 El medio de conservar la cerveza es el aceite de garyophyllon, si se ponen en ella unas gotas, de modo que una medida tenga dos o tres gotas. Mejor aún es el aceite de benedicta garyophyllata, que preserva la cerveza de la acidez. El preservativo del hidromiel es el aceite de azúcar, que debe usarse del mismo modo que el aceite de garyophyllon o el de la benedicta.

20 El preservativo del vinagre es el aceite de jengibre, y el de la leche, el aceite exprimido de almendras. Estos dos deben usarse como se ha descrito arriba.

21 El preservativo del queso es la hierba hypericon o perforata, que protege todos los quesos de los gusanos. Si se coloca junto al queso y lo toca, no se produce en él ningún gusano, y si ya se han producido algunos, mueren y se caen del queso.

22 La miel no tiene preservativo especial; solo debe protegerse de su enemigo. Su principal enemigo es el pan. Si una cantidad, por pequeña que sea, de pan hecho de harina se pone o cae en ella, toda la miel se convierte en hormigas y perece por completo.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

IV. DE LA VIDA DE LAS COSAS NATURALES

✦

1 Nadie puede negar que el aire da vida a todas las cosas corpóreas y sustanciales que nacen y se engendran de la tierra. Pero en cuanto a qué es y de qué clase es la vida de cada cosa en particular, debe saberse que la vida de las cosas no es otra que una esencia espiritual, una cosa invisible e impalpable, un espíritu y una cosa espiritual.

1.2 Por esta razón no hay nada corpóreo que no tenga latente dentro de sí un espíritu y una vida, que, como acabamos de decir, no es otra cosa que algo espiritual. Pero no solo vive lo que se mueve y actúa, como los hombres, los animales, los gusanos en la tierra, las aves bajo el cielo, los peces en el mar, sino también todas las cosas corpóreas y sustanciales.

1.3 Porque aquí debemos saber que Dios, al principio de la creación de todas las cosas, no creó cuerpo alguno sin su propio espíritu, espíritu que el cuerpo contiene de manera oculta dentro de sí. Porque ¿qué es el cuerpo sin el espíritu? Absolutamente nada. Así es que el espíritu guarda oculta dentro de sí la virtud y el poder de la cosa, y no el cuerpo.

1.4 Porque en el cuerpo está la muerte, y el cuerpo está sujeto a la muerte, y en el cuerpo no ha de buscarse sino la muerte. Porque el cuerpo puede destruirse y corromperse de diversas maneras, pero no el espíritu: pues siempre permanece como espíritu vivo y está ligado a la vida.

2 También mantiene vivo a su propio cuerpo, pero al separarse el cuerpo de él, deja el cuerpo separado y muerto, y vuelve a su propio lugar de donde había venido, es decir, al caos y al aire del firmamento superior e inferior.

De aquí es evidente que hay diferentes clases de espíritus, así como hay diferentes clases de cuerpos.

2.2 Hay espíritus celestes e infernales, humanos y metálicos, espíritus de las sales, de las gemas y de las marcasitas, espíritus arsenicales, espíritus de las bebidas, de las raíces, de los licores, de la carne, de la sangre, de los huesos, etc. Por eso podéis saber que el espíritu es en verdad la vida y el bálsamo de todas las cosas corpóreas.

2.3 Ahora pasaremos a sus especies, y aquí os describiremos en detalle, pero tan brevemente como sea posible, la vida de cada cosa natural.

3 La vida, pues, de todos los hombres no es otra que cierto bálsamo astral, una impresión balsámica, un fuego celeste e invisible, un aire encerrado y un espíritu de sal que tiñe. No puedo nombrarla más claramente, aunque podría presentarse bajo muchos títulos distintos. Sin embargo, ya que aquí se señalan los principales y los mejores, callaremos los demás y los nombres inferiores.

4 La vida de los metales es una grasa latente que han recibido del azufre. Esto se muestra por su fusión, porque todo lo que entra en fusión en el fuego lo hace a causa de su grasa oculta. Si no fuera así, ningún metal podría reducirse a estado fluido, como vemos en el caso del hierro y del acero, que tienen el menor Azufre y la menor grasa de todos los metales, por lo cual son de naturaleza más seca que todos los demás.

5 La vida del mercurio no es otra cosa que calor interior y frialdad exterior. Es decir, por dentro da calor, pero por fuera causa frío; y en este aspecto se compara con acierto a una prenda de pieles, que, como el mercurio, causa tanto calor como frío.

5.2 Porque si un hombre lleva una prenda de esta clase, lo calienta y lo protege del frío; pero si lleva la parte sin pelo contra su cuerpo desnudo, causa frío y lo defiende del calor excesivo.

5.3 Así sucedió que en tiempos muy antiguos, y aún es costumbre hoy, estas pellizas se llevan tanto en verano como en invierno, tanto contra el calor como contra el frío; en verano la parte sin pelo se vuelve hacia dentro y la parte con pelo hacia fuera, pero en la fría estación invernal la parte con pelo se vuelve hacia dentro y la parte sin pelo hacia fuera. Como sucede con la prenda de pieles, así sucede con el mercurio.

6 La vida del azufre es una grasa combustible y maloliente. Mientras arde en llama y despide su mal olor, puede decirse que vive.

7 La vida de todas las sales no es otra cosa que un espíritu de agua fuerte: porque cuando se les extrae el agua, lo que queda en el fondo se llama tierra muerta.

8 La vida de las gemas y los corales es solo el color, que puede quitárseles con espíritus de vino. La vida de las perlas es su brillo, que pierden en su calcinación. La vida del imán es el espíritu del hierro, que puede extraerse y quitarse con el mismo vinum ardens rectificado, o con espíritu de vino.

9 La vida de los pedernales es una materia mucilaginosa. La vida de las marcasitas, cachimias, talco, cobalto, cinc, granitos, zwitter, vismat (estaño bruto) es un espíritu metálico de antimonio, que tiene el poder de teñir. De los arsenicales, el auripigmento, el oropimente, el rejalgar y materias semejantes, la vida es un veneno mineral coagulado.

10 La vida de las sustancias ondulantes, es decir, del estiércol de los hombres y de los animales, es su olor fuerte y fétido. Cuando lo pierden, están muertas.

11 La vida de las sustancias aromáticas, a saber, el almizcle, el ámbar gris, la algalia y todo lo que despide un olor fuerte, dulce y agradable, no es otra cosa que ese mismo olor grato. Si lo pierden, están muertas e inútiles.

12 La vida de las cosas dulces, como el azúcar, la miel, el maná, la fistula cassias y semejantes, es una dulzura sutil, con el poder de teñir; porque si esa dulzura se quita por destilación o sublimación, las cosas quedan muertas, insípidas y ya sin ningún valor.

13 La vida de las resinas, como el caraba, la trementina y la goma, es una grasa mucilaginosa y reluciente. Todas dan un barniz excelente; cuando ya no lo proporcionan y pierden su brillo, están muertas.

14 La vida de las hierbas, las raíces, las manzanas y otros frutos de esta clase no es otra cosa que el licor de la tierra, que pierden espontáneamente si se les priva del agua y de la tierra.

15 La vida de la madera es cierta resina. Toda madera privada de resina ya no puede florecer.

16 La vida de los huesos es el licor de la momia. La vida de la carne y de la sangre no es otra que el espíritu de sal, que las preserva del mal olor y de la corrupción, y espontáneamente, a medida que el agua se separa de ellas.

17 Pero acerca de la vida de los elementos hay que saber esto. La vida del agua es su fluir. Cuando se coagula por el frío del firmamento y se congela en hielo, entonces está muerta, y se le quita todo poder de dañar, ya que

nadie puede ahogarse más en ella.

18 Así también, la vida del fuego es el aire, porque el aire hace que el fuego arda con más fuerza y mayor ímpetu. De todo fuego procede algo de aire, suficiente para apagar una vela o levantar una pluma ligera, como es evidente a los ojos. Todo fuego vivo, por tanto, si se encierra o se le priva del poder de despedir su aire, ha de sofocarse.

19 El aire vive por sí mismo y da vida a todas las demás cosas. La tierra, en cambio, es por sí misma muerta; pero su propio elemento es su vida invisible y oculta.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

V. DE LA MUERTE DE LAS COSAS NATURALES

✦

1 La muerte de todas las cosas naturales no es otra cosa que una alteración y supresión de sus poderes y virtudes, un derrocamiento de sus potencias para el mal o para el bien, un anegamiento y borradura de su naturaleza anterior y la generación de una naturaleza nueva y diferente.

1.2 Porque ha de saberse que muchas cosas que en vida eran buenas y tenían sus propias virtudes conservan poco o nada de esa virtud cuando están muertas, y parecen del todo vanas e impotentes. Así también, por el contrario, muchas cosas son malas en su vida, pero en la muerte, o después de haber sido mortificadas, muestran un poder y una eficacia múltiples y hacen mucho bien.

1.3 Podríamos referir muchos ejemplos de esto, pero ello es del todo ajeno a nuestro propósito. No obstante, para que veas que no escribo por mera opinión mía, por plausible que sea, sino por mi experiencia, conviene que aduzca un ejemplo con el cual acallaré y reduciré al silencio a los sofistas que dicen que nada puede obtenerse de las cosas muertas, ni que nada deba buscarse o hallarse en ellas.

1.4 La causa de esta afirmación es que no estiman en nada las preparaciones de los alquimistas, por las cuales se descubren muchos grandes secretos de esta clase. Mira, pues, el Mercurio, el azufre vivo y crudo y el antimonio crudo: tal como se sacan de las minas, es decir, mientras todavía están vi-

vos, ¡qué pequeña es su virtud, con cuánta flojedad y lentitud ejercen su influencia! En verdad, traen más mal que bien, y son más bien un veneno que una medicina.

2 Pero si, por la industria de un alquimista hábil, se corrompen hasta su primera sustancia y se preparan con prudencia (esto es, si el Mercurio se coagula, se precipita, se sublima, se resuelve y se convierte en aceite; si el azufre se sublima, se calcina, se reverbera y se convierte en aceite; y, del mismo modo, si Venus se sublima, se calcina, se reverbera y se convierte en aceite), verás qué utilidad, qué poder y virtud y qué rápida eficacia ofrecen y muestran, de modo que nadie puede hablar ni escribir plenamente de ello.

2.2 Porque sus múltiples virtudes no pueden investigarse, ni nadie puede escrutarlas. Todo alquimista, por tanto, y todo médico fiel, debería indagar en estas tres cosas durante toda su vida, y hasta su muerte debería jugar con ellas y hallar en ellas su pasatiempo. Con toda seguridad le recompensarán noblemente todo su trabajo, estudio y gasto.

3 Pero vayamos a los particulares, y describamos especialmente la muerte y mortificación de cada cosa natural, qué es su muerte y de qué modo se mortifica. Ante todo, pues, en cuanto a la muerte del hombre, ha de entenderse que, sin duda alguna, no es otra cosa que el fin de su jornada de trabajo, la retirada de su aire, el desvanecimiento de su bálsamo, la extinción de su luz natural y la separación completa de las tres sustancias, cuerpo, alma y espíritu, y el regreso al seno de su madre.

3.2 Porque, ya que el hombre natural nacido de la tierra viene de la tierra, la tierra también será su madre, a la cual debe volver, y en ella perder su carne natural terrena, para que en el último día sea regenerado en una

carne nueva, celestial y purificada, como dijo Cristo a Nicodemo cuando vino a Él de noche. Porque, como dijimos, estas palabras se aplican a la regeneración.

4 Pero la muerte o mortificación de los metales es la supresión de su estructura corporal y de la grasa sulfúrea que puede quitárseles de muchas maneras, como por calcinación, reverberación, resolución, cementación y sublimación. Pero la calcinación de los metales no es de una sola clase.

4.2 Porque una se produce por la sal, otra por el mercurio, otra por las aguas fuertes, otra por la fuligo mercurii y el mercurio vivo. La calcinación por la sal es cuando el metal se forma en láminas muy delgadas y se estratifica y cementa con sal. La calcinación por el azufre es cuando el metal se forma en láminas, se estratifica y se reverbera con azufre.

4.3 La calcinación por las aguas fuertes es cuando el metal se granula, se resuelve en aqua fortis y se precipita en ella. La calcinación por la fuligo mercurii se lleva a cabo así: fórmese el metal en láminas; póngase el mercurio en un vaso de barro, estrecho arriba pero ancho abajo, y luego colóquese sobre un fuego moderado de carbón, que debe avivarse un poco hasta que el mercurio comience a humear y una nube blanca salga por la boca del vaso.

4.4 Entonces colóquese el metal laminado sobre el orificio del vaso. Así el mercurio común penetra el metal y lo vuelve tan friable como un trozo de carbón. La calcinación por el mercurio vivo es cuando el metal se parte en pequeñas partículas, se hace láminas o se granula, y se forma en amalgama con mercurio.

5 Después, exprímase el mercurio a través de una piel, y el metal quedará dentro de la piel en forma de cal o de arena. Pero además de estas mortificaciones de los metales, destrucciones y blanqueamientos de su vida, has de saber que hay muchas otras mortificaciones de los metales.

5.2 Porque, además de que toda herrumbre del hierro y del acero es una muerte, hay otras que deben estimarse como más importantes. Por ejemplo, ha de saberse que todo vitriolo, o incluso el latón quemado, es cobre mortificado; todo cinabrio precipitado, sublimado o calcinado es mercurio mortificado; todo albayalde, minio o plomo amarillo es plomo mortificado; todo lazurio es plata mortificada.

5.3 Así también, todo Sol del cual se ha extraído su tintura, quintaesencia, resina, azafrán o azufre está muerto. porque ya no tiene la forma del oro, sino que es un metal blanco como plata fija.

6 Pero ahora pasemos a exponerte por qué medios se lleva a cabo la mortificación de los metales. Ante todo, ha de saberse acerca del hierro que puede mortificarse y reducirse a azafrán de la manera siguiente: forma láminas muy delgadas de acero, caliéntalas al rojo y luego apágalas en vinagre hecho de vino. Sigue haciendo esto hasta que veas que el vinagre se ha vuelto muy rojo.

6.2 Cuando tengas bastante de este vinagre rojo, viértelo todo y destila de él la humedad del vinagre. Coagula el residuo en un polvo seco. Este es el excelentísimo Azafrán de Marte.

6.3 Hay, no obstante, otra manera de hacer el Azafrán de Marte que en parte supera a la anterior y se realiza con mucho menos gasto y trabajo, así: estratifica láminas muy delgadas de acero con cantidades iguales de azufre

y tártaro. Después reverbera. Esto produce el azafrán más hermoso, que debe tomarse de las láminas.

7 Del mismo modo has de saber que si cualquier lámina de hierro o de acero se unta con aqua fortis, da también un hermoso azafrán. Tal es el resultado, igualmente, con el aceite de vitriolo, el agua de sal, el agua de alumbre, el agua de sal amoníaco, el agua de salitre y el mercurio sublimado, todos los cuales mortifican el hierro y lo reducen a azafrán; pero ninguno de estos métodos puede compararse con los dos mencionados arriba, pues solo pueden usarse en Alquimia y no en medicina; así que usa con preferencia los dos primeros métodos y evita los demás.

8 La mortificación del cobre, para reducirlo a vitriolo, cardenillo o latón quemado, puede también llevarse a cabo de diversas maneras; y hay diversos procesos también con este metal, pero uno es mejor y más útil que otro. Por eso convendrá anotar el mejor y más útil y no decir nada de los demás.

8.2 El método mejor, más fácil y más seguro de reducir el cobre a vitriolo es el siguiente: úntense láminas de cobre con agua de sal o de salitre, y cuélguense o expónganse al aire hasta que las láminas comiencen a ponerse verdes.

8.3 Lava ese verdor con agua clara de manantial, seca las láminas con un trapo; unta de nuevo las láminas con agua de sal o de salitre y procede otra vez como antes, repitiendo el proceso hasta que el agua se vuelva bien verde o haga subir mucho vitriolo a la superficie. Entonces retira el agua inclinando el vaso o sacándola, y tendrás un excelente vitriolo medicinal.

8.4 Para la Alquimia no hay vitriolo más hermoso, noble ni mejor que el que se hace con aqua fortis, o aqua regis, o agua de sal amoníaco. Procede así: úntense láminas de cobre con una de las aguas dichas y, tan pronto

como se haya extraído el verdor y se hayan secado las láminas, quítese el verdor con una pata de liebre o por algún otro medio a voluntad, como se raspa el albayalde de las láminas de plomo.

9 Úntense de nuevo como antes, hasta que las láminas se consuman por completo, y de ahí se produce un vitriolo hermosísimo, que no podrás dejar de admirar.

10 El agua de salitre se hace así: purifica el salitre, licúalo y pulverízalo.

11 Después disuélvelo solo en un vaso con agua hirviendo. Así tienes agua de salitre. El agua de sal amoníaco se hace como sigue: calcina la sal amoníaco y resuélvela en una caja sobre mármol. Esta es el agua de sal amoníaco.

12 Para hacer cardenillo del cobre hay varias maneras que no es necesario referir aquí. Describiremos, pues, solo dos, con un doble método de preparación, uno para la Medicina y otro para la Alquimia.

12.2 El cardenillo usado en medicina admite el proceso siguiente: toma láminas de cobre y úntalas con el compuesto siguiente: toma cantidades iguales de miel y vinagre, con una cantidad suficiente de sal para dar a los tres juntos la consistencia de una pasta espesa.

12.3 Mezcla bien y después ponlo en un horno de reverbero, o en un horno de alfarero, durante el mismo tiempo en que el alfarero cuece sus vasijas, y verás una sustancia negra adherida a las láminas.

12.4 Que esta circunstancia no te cause ninguna inquietud ni te detenga en absoluto; porque si cuelgas o expones esas láminas al aire libre, en pocos días la sustancia se volverá verde y llegará a ser un excelente cardenillo, que

puede llamarse el bálsamo del cobre y es muy estimado por todos los médicos.

12.5 Y esto no debe causar sorpresa, porque el cardenillo se vuelve verde primero en el aire, y porque el aire tiene el poder de transmutar un color negro en un verde tan hermoso.

12.6 Porque aquí ha de saberse que, como prueba la experiencia diaria en la alquimia, toda tierra muerta o caput mortuum, en cuanto sale del fuego al aire, adquiere al instante otro color y pierde el color propio que había tomado en el fuego. Los cambios de estos colores son muy diversos.

13 Según la materia, así son los colores producidos, aunque en su mayor parte brotan de la negrura de la tierra muerta. Vosotros, los entendidos en Alquimia, veis que toda tierra muerta, flujo de polvo o de aqua fortis, sale negra del fuego, y cuantos más ingredientes hay en ella, más variados son los colores que muestra en el aire.

13.2 A veces aparecen solo rojos, como los produce el vitriolo; a veces solo amarillos, blancos, verdes, cerúleos; a veces mezclados, como en el arco iris o en la cola del pavo real. Todos estos colores se muestran después de la muerte y a consecuencia de la muerte.

13.3 Porque en la muerte de todas las cosas naturales aparecen colores nuevos, y estas cambian de su primer color a otro, cada una según su propia naturaleza y propiedades. Además, diremos acerca del cardenillo aquello que dedicamos a la Alquimia.

13.4 El proceso de su preparación es el siguiente: forma láminas muy delgadas de cobre, que estratificarás sobre una teja grande con porciones iguales de azufre y tártaro, machacados y mezclados. Reverbera durante veinti-

cuatro horas con fuego fuerte, cuidando de que las láminas de cobre no se fundan.

13.5 Luego sácalas; rompe la teja; expón las láminas al aire, con la materia que se les adhiere, durante unos días, y la materia de las láminas se convertirá en hermosísimo cardenillo, que en todas las aguas fuertes, en las aguas de gradación, en los cementos y coloraciones del oro, tiñe el oro y la plata de un color profundo.

14 Pero para que el cobre se vuelva æs ustum, que también se llama azafrán de cobre, debe adoptarse el proceso siguiente: fórmese el cobre en láminas, úntese con sal reducida a pasta con el mejor vinagre, póngase luego sobre una teja grande, colóquese en un horno de fuelle y quémese durante un cuarto de hora con fuego fuerte, pero de modo que las láminas no se fundan.

14.2 Estas láminas, aún incandescentes, apáguense en vinagre en el que se haya disuelto sal amoníaco: media onza en una libra de vinagre. Caliéntense de nuevo las láminas y apáguense como antes; pero raspa continuamente dentro del vinagre las escamas que se adhieren a las láminas después de apagadas, o bien hazlas saltar golpeando las láminas, o de cualquier modo que puedas.

14.3 Sigue haciendo esto hasta que las láminas de cobre estén casi consumidas. Luego extráigase el vinagre por destilación, o déjese evaporar en un vaso abierto, y que coagule en una piedra muy dura. Así tendrás el azafrán de cobre usado en Alquimia.

14.4 Muchas personas hacen comúnmente el æs ustum, o azafrán de Venus, a partir de Venus por la extracción del alcohol (otros del vinum aceti), como el azafrán de Marte; pero yo prefiero con mucho este método.

15 La mortificación del Mercurio, para que pueda sublimarse, se lleva a cabo con vitriolo y sal. Cuando se mezcla con estos dos y luego se sublima, se vuelve duro como el cristal y blanco como la nieve.

15.2 Para que el Mercurio pueda reducirse a precipitado, no hace falta más que calcinarlo en la mejor aqua fortis; luego extráigase de él la aqua fortis graduada cinco veces, más o menos, hasta que el precipitado adquiera un hermoso color rojo.

15.3 Endulza este precipitado tanto como sea posible; y finalmente destila de él el vino rectificado siete o nueve veces, o cuantas sea necesario, hasta que arda en el fuego y no se escape. Entonces tienes el precipitado diaforético de Mercurio.

16 Además, aquí debe notarse un gran secreto acerca del Mercurio precipitado. Si, después de su coloración, se endulza con agua de sal de tártaro, destilándolo hasta que el agua ya no suba ácida, sino del todo dulce, entonces tendrás el precipitado tan dulce como el azúcar o la miel.

16.2 Este es el arcano principal para todas las heridas y úlceras y el mal gálico, hasta el punto de que ningún médico necesita desear uno mejor; y además reanima a los alquimistas abatidos. Porque es un aumento del Sol, entra en la composición del Sol, y por él el oro se vuelve constante y bueno.

16.3 Aunque, pues, se requiera mucho trabajo y fatiga para este precipitado, los compensa y te devuelve lo que has gastado. Además, obtienes de él ganancia suficiente, más de la que podrías alcanzar con el más alto artificio de cualquier clase. Debes, por tanto, alegrarte por él y dar gracias a Dios y a mí por ello.

16.4 Pero para que el Mercurio pueda calcinarse, ya he dicho que esto debe hacerse en aqua fortis aguda, que debe abstraerse por destilación, y así se hace la precipitación. Pero para que el Mercurio pueda reducirse a cinabrio, debes ante todo mortificarlo y licuarlo con sal y azufre amarillo.

16.5 Redúcelo a un polvo blanco, ponlo luego en una cucúrbita; coloca un aludel encima y sublima con gran fluxión, como es costumbre. Así el cinabrio sube al aludel y se adhiere a él, duro como la hematites.

17 La mortificación del plomo, para que pueda reducirse a albayalde, es doble: una para la Medicina, otra para la Alquimia. La preparación de la cerusa para la Medicina es como sigue: suspende láminas de plomo en un vaso sin vidriar sobre vinagre fuerte hecho de vino, estando el vaso bien cerrado para que no escapen los espíritus.

17.2 Coloca el vaso en cenizas calientes o, en invierno, detrás del fuego. Luego, después de diez o catorce días, hallarás la mejor cerusa adherida a las láminas. Ráspala con una pata de liebre y vuelve a poner la lámina sobre el vinagre hasta que tengas cerusa suficiente.

17.3 La otra preparación de la cerusa, para la Alquimia, es como la anterior, salvo que debe disolverse en el vinagre una cantidad de la mejor sal amoníaco. De este modo tendrás una cerusa hermosísima, muy sutil para purgar el estaño o el plomo, o para quitar la blancura al cobre.

17.4 Pero si queremos hacer minio del plomo, primero debe calcinarse hasta cenizas y después quemarse lateralmente en una jarra vidriada, removiéndolo continuamente con un alambre de hierro hasta que se ponga rojo. Este minio es a la vez el mejor y el más valioso, y debe usarse tanto en Medicina como en Alquimia.

17.5 El otro, que los comerciantes venden en las tiendas, no sirve de nada. Está hecho solo de las cenizas que quedan en la licuación del mineral de plomo, y los alfareros lo compran para recubrir vasijas. Tal minio solo es útil para pinturas, pero ni para la Medicina ni para la Alquimia.

18 Para reducir el plomo a un color amarillo se requiere un proceso no del todo distinto de la preparación del minio. Aquí también el plomo debe calcinarse con sal y reducirse a cenizas.

18.2 Después debe removerse continuamente con hierro en una de las fuentes anchas que usan quienes ensayan minerales, sobre un fuego moderado de carbón, vigilando con cuidado que el calor no sea demasiado grande ni se descuide el remover. De otro modo se fundiría y produciría vidrio amarillo. De esta manera tendrás un excelente plomo amarillo.

19 La mortificación de la plata para que se produzca de ella lazurio, o alguna sustancia semejante, se lleva a cabo como sigue: hágase Luna en láminas, mézclese con Mercurio y suspéndase en una jarra vidriada sobre el mejor vinagre en el que se hayan hervido previamente auratse. Después disuelve en él sal amoníaco y tártaro calcinado.

19.2 En todo lo demás procede como se indicó en el caso de la cerusa. Luego, después de catorce días, tendrás el lazurio más precioso y hermoso adherido a las láminas de plata, que limpiarás con una pata de liebre.

20 No juzgamos necesario repetir aquí el método de mortificar el oro para que pueda reducirse a sus arcanos, como, por ejemplo, a tintura, quintaesencia, resina, azafrán, vitriolo y azufre.

20.2 Estas preparaciones son múltiples, y en su mayor parte ya hemos dado tales secretos en otros libros, como la extracción de la Tintura del Sol, la Quintaesencia del Sol, el Mercurio del Sol, el Sol Potabilis, la resina del

Sol, el Azafrán del Sol. Estos se han dado en el Archidoxa y en otras partes. Pero los secretos omitidos allí los impartiremos aquí.

20.3 Estos conciernen al vitriolo del Sol y al azufre del Sol, que en modo alguno son los menores entre tales secretos y, en verdad, deberían deleitar a todo médico.

20.4 Para extraer vitriolo del Sol, procede así: toma dos o tres marcos de oro puro, que formarás en láminas y suspenderás sobre orina de niños, mezclada con granos de uva, en una cucúrbita ancha de vidrio bien sellada por arriba. Entiérrala en un montón ardiente de orujo de uva, tal como se saca del lagar, y déjala estar allí quince días o tres semanas.

20.5 Luego ábrela, y hallarás un color sutilísimo, que es el vitriolo del Sol, adherido a las láminas de Sol.

21 Quítalo con una pata de liebre, como se te ha dicho en el caso de los demás metales: el azafrán de Marte de las láminas de hierro, el vitriolo de Venus y el cardenillo de las láminas de cobre, la cerusa de las láminas de Saturno, el lazurio de las láminas de Luna; todos ellos comprendidos bajo un solo proceso, pero no con la misma preparación.

21.2 Cuando, pues, tengas bastante de este vitriolo del Sol, hiérvelo bien en agua de lluvia destilada, removiéndolo continuamente con algún tipo de espátula. Entonces el azufre del oro sube a la superficie como grasa, la cual retirarás con una cuchara. Procede así también con otro vitriolo.

21.3 Después de quitado el azufre, evapora esa agua de lluvia hasta la perfecta sequedad, y el vitriolo del Sol quedará en el fondo. Este puedes resolverlo fácilmente sobre mármol en un lugar húmedo. En estos dos arcanos, es decir, el vitriolo del oro y el azufre del oro, está latente una virtud diaforética.

21.4 No obstante, no describiremos aquí esas virtudes, porque las hemos indicado suficientemente en el libro de las Enfermedades Metálicas y en otras partes.

22 La mortificación del azufre consiste en quitarle su grasa combustible y fétida y reducirlo a una sustancia fija. Esto se logra de la manera siguiente: toma azufre amarillo común, reducido a polvo fino, y abstrae de él la acérrima aqua fortis mediante una triple destilación.

22.2 Después endulza el azufre que queda en el fondo, y que es de color negro, con agua dulce, repitiendo continuamente el proceso de destilación hasta que de él no salga sino agua dulce y no quede ya olor de azufre. Reverbera este azufre en un reverbero cerrado, como en el caso del antimonio.

22.3 Entonces se volverá primero blanco, después amarillo; en tercer lugar, rojo como el cinabrio. Cuando lo tengas en esa forma, debes alegrarte; porque es para ti el principio de la riqueza. Este azufre reverberado tiñe cualquier plata muy profundamente hasta convertirla en oro preciosísimo, y tiñe el cuerpo humano hasta su condición más perfecta de salud. De tan gran virtud es este azufre reverberado y fijo.

23 La mortificación de todas las sales, y de todo lo que es de naturaleza salina, es la supresión y destilación de su parte acuosa y oleaginosa y, además, del espíritu de sal; porque si se les quitan estas, se llaman después tierra muerta o caput mortuum.

24 La mortificación de las gemas y los corales consiste en que se calcinen, se sublimen y se disuelvan en un líquido, como el cristal. La mortificación de las perlas consiste en que se calcinen y se resuelvan en vinagre agudo en forma de leche.

25 La mortificación del imán consiste en que se unte con aceite de mercurio o se toque con mercurio común. Después ya no atrae el hierro.

26 La mortificación de los pedernales y las piedras es la calcinación.

27 La mortificación de las marcasitas, cachymiae, talco, cobalto, zinc, granitos, zwitter, vismut y antimonio es la sublimación, es decir, que se sublimen con sal y vitriolo. Entonces su vida, que es el espíritu metálico, sube con el espíritu de sal. Lávese lo que queda en el fondo del sublimatorio para que se le quite la sal, y tendrás tierra muerta en la que no hay virtud alguna.

28 La mortificación de los arsenicales, auripigmento, oropimente, rejalgar, etc., es cuando se hacen fluidos con salitre, se convierten en aceite o líquido sobre mármol y se fijan.

29 La mortificación de las cosas ondulosas es una coagulación del aire.

30 La mortificación de las sustancias aromáticas es la supresión de su buen olor.

31 La mortificación de las cosas dulces consiste en que se sublimen con corrosivos y se destilen.

32 La mortificación de las carabæ, resinas, trementina y goma es su reducción a aceite o barniz.

33 La mortificación de las hierbas, raíces y cosas semejantes consiste en que se destilen de ellas su aceite y su agua, se exprima el líquido en una prensa y después se extraiga el álcali.

34 La mortificación de las maderas es su conversión en carbón o cenizas.

35 La mortificación de los huesos es su calcinación.

36 La mortificación de la carne y la sangre es la supresión del espíritu de sal.

37 La mortificación del agua la produce el fuego: porque el calor del fuego seca y consume toda agua. Así, la mortificación del fuego es por el agua; porque el agua apaga el fuego y le quita su fuerza y eficacia.

38 Así quedas suficientemente informado, en pocas palabras, de cómo la muerte está latente en todas las cosas naturales: cómo se mortifican y se reducen a otra forma y naturaleza, y también qué virtudes fluyen de ellas. Todo lo demás que sea necesario decir lo expondremos en nuestro libro de la Resucitación de las Cosas Naturales.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

VI. DE LA RESUCITACIÓN DE LAS COSAS NATURALES

✦

1 La resucitación y reducción de las cosas naturales no es lo menos importante en la naturaleza de las cosas, sino un secreto profundo y grande, más divino y angélico que humano y natural.

1.2 Quisiera, sin embargo, ser entendido en este punto con el mayor discernimiento, y de ningún otro modo que según mi opinión firme, tal como la Naturaleza lo muestra a diario y con claridad y la experiencia lo prueba; para no quedar expuesto a las mentiras y tergiversaciones de mis enemigos, los médicos charlatanes (por quienes soy constantemente mal juzgado), como si yo pretendiera usurpar algún poder divino o atribuir a la Naturaleza lo que ella nunca reclama.

1.3 Por eso, en este punto, es necesaria la observación más cuidadosa, ya que la muerte es doble, es decir, violenta o espontánea. De la una, una cosa puede ser resucitada, pero no de la otra.

1.4 No creas, pues, a los sofistas cuando te dicen que una cosa una vez muerta o mortificada no puede ser resucitada, y cuando hacen poco caso de la resucitación y la restauración; porque su error es grande.

1.5 Es en verdad cierto que lo que perece por su propia muerte natural, o lo que se mortifica por la Naturaleza según su propia predestinación, solo Dios puede resucitarlo, o ha de hacerse por Su mandato divino. Así, lo que la Naturaleza consume el hombre no puede restaurarlo. Pero lo que el hombre destruye el hombre puede restaurarlo, y romperlo de nuevo una vez restaurado.

2 Más allá de esto el hombre, por su condición, no tiene poder, y si alguno se esforzara por hacer más, se arrogaría el poder de Dios, y aun así trabajaría en vano y quedaría confundido, a menos que Dios estuviera con él, o tuviera tal fe que pudiera mover montañas. Para tal hombre esto, y cosas aún mayores, serían posibles, ya que la Escritura dice, pues Cristo mismo ha dicho: «Si tuviereis fe como un grano de mostaza, y dijereis a este monte: Apártate y ponte allá, lo haría y se pondría allí; y todas las cosas os serán posibles, y nada os será imposible».

3 Pero volvamos a nuestra proposición. ¿Cuál es la diferencia entre morir y ser mortificado, y desde cuál de estas condiciones es posible la resucitación? La cuestión ha de entenderse así. Lo que muere por su propia naturaleza tiene su fin según la predestinación, y según lo dispone el beneplácito y la dispensación de Dios.

3.2 Pero esto también sucede por diferentes enfermedades y accidentes, y de aquí no hay resucitación, ni hay preservativo alguno que pueda usarse contra la predestinación y el fin connatural de la vida. Pero lo que está mortificado puede ser resucitado y revivificado, como puede probarse por muchos argumentos que expondremos al final de este libro.

3.3 Así, pues, hay la mayor diferencia entre morir y mortificar, y no debe pensarse que estos son solo dos nombres para una misma cosa. En verdad difieren tanto como es posible. Examina el caso de un hombre que ha muerto de una muerte natural y predestinada. ¿Qué bien o uso hay ya en él? Ninguno. Que sea arrojado a los gusanos.

3.4 Pero no es lo mismo el caso de un hombre que ha sido muerto a espada o ha muerto de alguna muerte violenta. Todo su cuerpo es útil y bueno, y puede elaborarse en la más valiosa mumia. Porque aunque el espí-

ritu de vida haya salido de tal cuerpo, todavía permanece el bálsamo, en el cual la vida está latente, y que además, como bálsamo, conserva otros cuerpos humanos.

4 Así también, en el caso de los metales, ves que cuando un metal tiende a morir empieza a ser afectado por la herrumbre, y lo que ha sido así afectado está muerto; y cuando todo el metal es consumido por la herrumbre, todo está muerto, y tal herrumbre nunca puede volver a ser metal, sino que es mera ceniza y no metal. Está muerto, y la muerte está en sí mismo: ya no tiene el bálsamo de la vida, sino que ha perecido en sí mismo.

5 La cal y las cenizas de los metales son también dos cosas distintas, y hay la mayor diferencia entre ambas. Porque la una puede revivirse y volver a ser metal, pero no así la otra. Una es volátil, la otra es fija. Una está muerta, la otra está mortificada. La ceniza es volátil y no puede volver a ser metal, sino solo vidrio o escorias.

5.2 Pero la cal de los metales es fija y puede volver de nuevo a su propio metal. Si quieres entender la diferencia y su causa, sabe que en la ceniza hay menos grasa y más sequedad que en la cal, y es esto lo que da la fluxión.

5.3 La cal es más grasa y más húmeda que la ceniza, y todavía retiene su resina y su fluxión, y más especialmente retiene la sal, que por su propia naturaleza especial es capaz de flujo, y además hace pasar a flujo a todos los metales, reduciéndolos así. De ahí se sigue, en cuanto a las cenizas de los metales, que no pueden volver a ser metales.

5.4 Hay que extraer la sal; entonces son perfectamente volátiles. Este es el punto principal y debe notarse con mucho cuidado, puesto que no poco depende de él. Entre los falsos médicos reina un error enorme.

5.5 En lugar del Sol Potabilis, la Quintaesencia del oro, la Tintura del oro, y demás, han hecho pasar a los hombres una Calx de Sol leprosa, sin considerar la diferencia ni los males que de ello resultan.

6 Porque aquí deben observarse dos hechos notables y necesarios, a saber: que el Sol, calcinado o pulverizado, cuando se da a los hombres, o se congrega en una sola masa en los intestinos, o sale per anum con el estiércol, y así se toma vana e inútilmente; o bien, por el gran calor interno del cuerpo, se reduce, de modo que incrusta y obstruye los intestinos, de donde se siguen muchas y diversas enfermedades, y al final incluso la muerte.

7 Y como con el Sol, así también en el caso de los demás metales, no debes tomar en el cuerpo ningún arcano ni medicamento metálico a menos que primero se haya vuelto volátil, de modo que no pueda volver a su condición metálica.

7.2 Por eso el primer paso y principio de la preparación del Aurum Potabile es este; después tal sustancia volátil puede disolverse con espíritu de vino, de modo que ambos suban juntos, volviéndose volátiles e inseparables. Así como preparas el oro, del mismo modo preparas la Luna, Venus, Marte, Júpiter, Saturno y Mercurio potables.

8 Pero volvamos a nuestra proposición, y probemos con ejemplos y razones adecuadas que las cosas mortificadas no están muertas ni obligadas a permanecer en la muerte, sino que pueden ser traídas de nuevo, resucitadas y vivificadas por el hombre, según la guía y regla natural.

8.2 Ves esto en el caso de los leones, que nacen todos muertos y son vivificados primero por el horrible rugido de sus padres, así como una persona dormida es despertada por un grito. Así se despiertan los leones; no que es-

tén durmiendo del mismo modo —porque quien duerme un sueño natural despertaría necesariamente—, pero no es así con los leones.

8.3 Si no se los despertara con ese ruido, permanecerían muertos, y nunca se hallaría vida en ellos. De aquí se entiende que adquieren su vida y son vivificados por ese ruido.

8.4 Ves lo mismo en todos los animales, excepto los que se producen de la putrefacción, como las moscas, que, si se ahogan en agua de modo que no pueda discernirse vida en ellas, y se dejan así, seguirían muertas y nunca revivirían por sí mismas. Pero si se rocían con sal y se ponen al sol cálido, o detrás de un horno caliente, recobran su vida anterior, y esta es su resucitación.

8.5 Si no se hiciera esto, permanecerían muertas. Así lo ves en el caso de la serpiente. Si se corta en pedazos, y estos pedazos se ponen en una cucúrbita y se putrefactan en un venter equinus, toda la serpiente revivirá en el vidrio en forma de pequeños gusanos o de huevas de peces.

9 Ahora bien, si estos gusanillos son —como deben ser— sacados por putrefacción y alimentados, se producirán más de cien serpientes de la una, siendo cada serpiente tan grande como la original. Esto puede lograrse solo por la putrefacción. Y así como con la serpiente, así muchos animales pueden ser resucitados, llamados de nuevo y restaurados.

9.2 Por este proceso, con ayuda de la nigromancia, Hermes y Virgilio intentaron renovarse y resucitarse después de la muerte, y nacer de nuevo como infantes, pero el experimento no salió conforme a su intención y fracasó.

10 Dejemos, no obstante, estos ejemplos y vayamos al método práctico de la resucitación y la restauración. Es aconsejable comenzar por los metales, porque los cuerpos metálicos se asemejan con más frecuencia a los cuerpos humanos.

10.2 Sabe, pues, que la resucitación y renovación de los metales es doble: una devuelve los metales calcinados, mediante un proceso de reducción, a su cuerpo metálico original; la otra reduce los metales a su primera materia. La primera es una reducción a argentum vivum, y así también es el segundo proceso. Calcina un metal por medio de la fuligo Mercurii.

10.3 Pon esta cal y una cantidad suficiente de azogue en un sublimatorio, y déjalos estar algún tiempo, hasta que los dos se coagulen en una sola amalgama. Luego, por medio de la sublimación, eleva el Mercurio de la cal. Una vez elevado, machácalo de nuevo con la cal metálica y sublima como antes.

10.4 Repite esto hasta que la cal metálica se licúe sobre una vela, como cera o hielo, y entonces la cosa está hecha. Pon este metal en digestión durante el tiempo que se requiera, y el todo se cambiará en Mercurius vivus, es decir, en su primera materia. Esto se llama el Mercurius de los Metales de los Filósofos. Muchos alquimistas lo han buscado, pero pocos lo han hallado.

10.5 Así se prepara ahora el Mercurius vivus de todos los metales, a saber, el Mercurius del Oro, de Luna, Venus, Marte, Júpiter y Saturno.

11 La resucitación o restauración del Mercurio calcinado se produce por destilación en retortas. Porque solo el Mercurius vivus sube al agua fría, y quedan las cenizas de Saturno, Venus o azufre. Pero la resucitación y restauración del Mercurio sublimado se lleva a cabo en agua caliente.

11.2 Es necesario, sin embargo, que primero se machaque muy menudamente, para que el agua hirviendo resuelva de él el espíritu de sal y de vitriolo, que él levanta consigo en el proceso de sublimación, y el Mercurius vivus se junte en el fondo del agua.

11.3 Si ahora tal Mercurius vivus se sublima de nuevo con sal y vitriolo frescos, y otra vez se resucita en agua hirviendo, y si esto se repite siete o nueve veces, será imposible purificarlo y renovarlo con más eficacia.

11.4 Guarda esto como un gran secreto en la Alquimia y la Medicina, y alégrate por ello sobremanera; porque de este modo se quitan al Mercurio toda la impureza, la negrura y la naturaleza venenosa. La resucitación, restauración y renovación del Mercurio no pueden lograrse sin sublimación; porque si después de la calcinación no se sublima, nunca será revivificado. Sublímalo, pues, y después redúcelo como harías con cualquier otra sustancia sublimada.

12 La resucitación del cinabrio, del lazurio, del aurum musicum o del oro precipitado, para que se revivan en Mercurius vivus, se efectúa como sigue: toma cualquiera de estas sustancias, machácala muy fina en un mortero de mármol y hazla pasta con clara de huevo y smegma. Luego haz píldoras del tamaño de una nuez, que pondrás en una cucúrbita fuerte de barro.

12.2 En su orificio dispón una lámina de hierro que tenga varios agujeritos, y fíjese con luten. Destila por descenso sobre fuego fuerte, de modo que caiga en agua fría, y de nuevo tendrás Mercurius vivus.

13 La resucitación y restauración de la madera es difícil y ardua; posible, en verdad, pero no ha de lograrse sin una destreza e industria excepcionales. El método de su revivificación es el siguiente: toma madera que haya sido pri-

mero carbón y luego ceniza, y ponla en una cucúrbita con la resina, el líquido y el aceite de su árbol, el mismo peso de cada uno.

13.2 Mézclense y licúense sobre un fuego suave. Entonces se producirá una materia mucilaginosa, y así tendrás juntos los tres principios de los que nacen y se generan todas las cosas, a saber, flema, grasa y ceniza. La flema es el Mercurius, la grasa es el Sulphur y la ceniza es la Sal.

13.3 Porque lo que humea y se evapora sobre el fuego es Mercurio; lo que llamea y se quema es Azufre; y toda ceniza es Sal. Ahora bien, cuando tengas juntos estos tres principios, ponlos en un venter equinus y putrefacta durante el tiempo que requiera cada uno respectivamente.

13.4 Si después esa materia se entierra, o se vierte en una tierra fértil, verás que empieza a revivir, y se producirá de ella un árbol o un pequeño tronco, que, en verdad, es en su naturaleza mucho más alto que el original.

14 Esto es verdaderamente madera, y se llama madera resucitada, renovada y restaurada. Fue desde el principio madera, pero mortificada, destruida y reducida a carbones, a cenizas, a la nada; y no obstante de esa nada se hace algo, y renace.

14.2 Verdaderamente, a la luz de la Naturaleza, este es un gran misterio: que una cosa que había perdido por completo su forma y había sido reducida a la nada recobre esa forma y se vuelva algo de la nada, algo que después es mucho más noble en su virtud y su eficacia de lo que había sido al principio.

15 Pero, para que hablemos en general acerca de la resucitación y restauración de las cosas naturales, esto debe entenderse como el fundamento principal: que a cada cosa pueda serle concedido de nuevo lo que le había sido

quitado y separado en la mortificación. Es difícil explicar esto aquí en particular; así que concluiremos este libro, y en el libro siguiente aclararemos más estas cosas en relación con las transmutaciones de las cosas naturales.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

VII. DE LA TRANSMUTACIÓN DE LAS COSAS NATURALES

✦

1 Si hemos de escribir acerca de la transmutación de todas las cosas naturales, es justo y necesario que, en primer lugar y antes que nada, mostremos qué es la transmutación; en segundo lugar, cuáles son los grados sucesivos que llevan a ella; y, en tercer lugar, por qué medios y de qué manera se realiza.

1.2 La transmutación, pues, tiene lugar cuando un objeto pierde su propia forma y se cambia de tal modo que no guarda semejanza alguna con su figura anterior, sino que adopta otro aspecto, otra esencia, otro color, otra virtud, otra naturaleza o conjunto de propiedades: como cuando un metal se convierte en vidrio o en piedra; cuando la piedra o la madera se convierten en carbón; cuando la arcilla se vuelve piedra y pizarra; el cuero, cola; el trapo, papel; y muchas otras cosas semejantes.

1.3 Todas estas son transmutaciones de las cosas naturales. Después de esto es muy necesario conocer los grados de la transmutación, y cuántos son. No son más de siete. Pues, aunque algunos cuentan un número mayor, en verdad no hay más que siete grados principales; los demás que pueden contarse entre los grados están comprendidos en estos siete. Son los siguientes:

2 Calcinación, Sublimación, Solución, Putrefacción, Destilación, Coagulación, Tintura.

3 Si alguien sube por esa escalera, llegará a un lugar tan maravilloso que verá y experimentará muchos secretos en la transmutación de las cosas naturales.

4 El primer grado, pues, es la Calcinación, bajo la cual se comprenden la Reverberación y la Cementación. Entre estas tres hay poca diferencia en lo que toca a la Calcinación. Aquí, por tanto, la Calcinación es el grado principal, pues por la Reverberación y la Cementación muchos objetos corpóreos se calcinan y se reducen a cenizas, sobre todo los metales.

4.2 Lo que se calcina no por eso queda reverberado o cementado. Por la Calcinación todos los metales, minerales, piedras, vidrios y todos los objetos corpóreos se vuelven carbón y cenizas; y esto se hace a fuego desnudo, fuerte y expuesto al aire.

4.3 Por medio de ella toda tierra tenaz, blanda y grasa se endurece en piedra; pero todas las piedras se reducen a cal, como vemos en el horno del calero y del alfarero respectivamente.

5 La Sublimación es el segundo grado, también muy importante para la transmutación de muchas cosas naturales. Bajo ella se incluyen la Exaltación, la Elevación y la Fijación; y no es del todo distinta de la Destilación.

5.2 Pues, así como de todos los cuerpos flemáticos y acuosos asciende el agua en la destilación y se separa de su cuerpo, así, en el proceso de Sublimación, en las sustancias secas como los minerales, lo espiritual se eleva de lo corpóreo, se sutiliza, y lo puro se separa de lo impuro.

5.3 Pues en la Sublimación se hallan en los minerales muchas virtudes excelentes y cualidades maravillosas, y muchas cosas se fijan y se vuelven permanentes, de modo que resisten en el fuego de la manera siguiente: muélase otra vez el cuerpo sublimado y mézclese con sus propias heces.

5.4 Vuélvase a sublimar como antes, y repítase esto hasta que ya no sublime más, sino que todo quede en el fondo y esté fijo. Así se convertirá después en piedra y en aceite cuando y cuantas veces quieras. Pues si, una vez enfriado, lo pones al aire o en un vaso de vidrio, allí mismo se resuelve al instante en aceite.

5.5 Si lo pones de nuevo al fuego, se coagula otra vez en una piedra, que posee grandes y maravillosos poderes. Pero ten esto por un gran secreto y misterio de la Naturaleza, y no lo reveles a los sofistas.

6 Además, así como en la Sublimación muchos corrosivos se vuelven dulces por la conjunción de las dos naturalezas, así, por el contrario, muchas sustancias dulces se vuelven agrias o amargas; mientras que muchas cosas amargas se hacen dulces como el azúcar.

6.2 Aquí debe notarse también que todo metal llevado al estado de Sublimación por medio de la sal amoníaco puede después disolverse en aceite en el frío o al aire y, a la inversa, coagularse en piedra en el fuego. Esta es una de las mayores y más completas transmutaciones de todas las cosas naturales, a saber, transmutar un metal en piedra.

7 El tercer grado es la Solución, bajo cuyo nombre se comprenden la Disolución y la Resolución. Este grado sigue con frecuencia a la Sublimación y a la Destilación, como, por ejemplo, cuando disuelves la materia que queda en el fondo. La Solución, no obstante, es doble: una por el frío, otra por el calor; una fuera del fuego, la otra en el fuego.

7.2 La Solución fría disuelve todas las sales, los corrosivos y los cuerpos calcinados. Toda sal y toda cualidad corrosiva que haya, la resuelve en aceite, licor o agua; y esto se hace en una cámara húmeda y fría, o bien solo al aire, sobre mármol o vidrio.

7.3 Pues todo lo que se disuelve en el frío contiene el espíritu agudo de la sal, que a menudo adquiere y asume en la Sublimación o la Destilación. Y todo lo que se disuelve en el frío o al aire vuelve a cambiarse en polvo o piedra por el calor del fuego.

7.4 Pero la Solución por el calor disuelve todos los cuerpos grasos y sulfurosos; y lo que disuelve el calor del fuego, el frío lo coagula en una masa, y lo que el calor coagula, el aire y el frío lo disuelven de nuevo. También ha de saberse que todo lo que disuelven el aire o la cámara fría es de gran sequedad y guarda oculto en sí un fuego corrosivo.

7.5 Así, todo lo que se disuelve en el fuego y por su calor tiene en sí dulzura y frío, pero no fuego. Así, y no de otro modo, ha de entenderse la Solución.

8 La Putrefacción es el cuarto grado, bajo el cual se comprenden la Digestión y la Circulación. Ahora bien, la Putrefacción es un grado muy importante que merecería estar en primer lugar, si no fuera porque eso iría contra el justo orden y contra el misterio que aquí yace oculto y que muy pocos conocen.

8.2 Pues estos grados deben seguirse unos a otros por turno, como se ha dicho, igual que los eslabones de una cadena o los peldaños de una escalera. Pues si se quitara uno de los eslabones de la cadena, la cadena se rompería y el cautivo escaparía.

8.3 Y así también, si se quitara uno de los peldaños de la escalera de en medio y se pusiera en el lugar más alto o más bajo, también la escalera se rompería, y muchos caerían de cabeza de ella y pondrían en peligro su vida.

8.4 Entiende, pues, aquí que estos grados se siguen unos a otros en un justo orden; de lo contrario toda la obra de nuestro misterio quedaría pervertida, y todo nuestro trabajo y esfuerzo frustrados y vanos. La Putrefacción es de tan gran eficacia que borra la naturaleza antigua, transmuta todo en otra naturaleza nueva y da otro fruto nuevo.

8.5 Todas las cosas vivas mueren en ella, todas las muertas se corrompen, y luego todas esas cosas muertas recobran la vida. La Putrefacción quita la acritud a todos los espíritus corrosivos de la sal, los vuelve suaves y dulces, transmuta sus colores, separa lo puro de lo impuro y pone lo puro arriba y lo impuro abajo, cada uno por sí.

9 La Destilación es el quinto grado de la transmutación de todas las cosas naturales. Bajo ella se entienden la Ascensión, la Lavación, la Imbibición, la Cohobación y la Fijación. Por la Destilación se sutilizan todas las aguas, licores y aceites; se extrae el aceite de todas las sustancias grasas, el agua de todos los licores, y en todas las sustancias flemáticas se separan el aceite y el agua.

10 Además, muchas cosas se fijan en la Destilación por la Cohobación, sobre todo si las sustancias que se han de fijar contienen agua en sí, como el vitriolo. Cuando este se fija, se llama colcótar. El alumbre, si se fija con su propia agua, se llama Zuccari.

10.2 Este también se resuelve en licor, y si se pudre durante un mes produce un agua tan dulce como el azúcar, que es en verdad de gran poder y un excelente arcano en medicina para apagar el fuego microcósmico en los hombres de temperamento metálico, como escribimos más extensamente en nuestros libros sobre las Enfermedades Metálicas.

10.3 Y así como has oído del vitriolo y del alumbre, también el salitre y otros minerales acuosos pueden fijarse por cohobación.

11 El proceso de la Cohobación consiste en que un caput mortuum se embebe repetidas veces con su propia agua, y esta se vuelve a extraer por medio de la Destilación.

11.2 Además, en la Destilación muchas cosas amargas, agudas y acres se vuelven muy dulces, como la miel, el azúcar o el maná; y, por el contrario, muchas cosas dulces, como la miel, el azúcar o el maná, se vuelven agudas, como el aceite de vitriolo o el vinagre, o amargas, como la hiel o la genciana, o agudas, como un corrosivo.

11.3 Muchas cosas excrementicias pierden su hedor excesivo en la destilación, pues este pasa al agua. Muchas cosas aromáticas pierden su olor agradable. Y así como la Sublimación altera las cosas en su cualidad y naturaleza, así también la Destilación.

12 La Coagulación es el sexto grado. Hay, sin embargo, un doble proceso de Coagulación, uno por el frío y otro por el calor; es decir, uno del aire y otro del fuego. Cada uno de estos, a su vez, es doble, de modo que hay en realidad cuatro procesos de Coagulación, dos por el frío y dos por el fuego. Las Coagulaciones por el fuego son fijas; las otras, por el frío, no son fijas.

12.2 Una, en efecto, se produce solo por el aire común, o sin fuego. Otra la produce el firmamento superior de las estrellas invernales, que coagulan todas las aguas en nieves y hielo. La Coagulación por el fuego la produce el fuego artificial y graduado del alquimista, y es fija y permanente. Pues todo lo que tal fuego coagula se vuelve permanente.

12.3 Otra Coagulación la produce el fuego etneo y mineral de las montañas, al cual el Arqueo de la tierra rige y gradúa casi del mismo modo que el alquimista; y todo lo que se coagula por tal fuego es también fijo y constante, aunque en su origen su materia era mucilaginosa, y el Arqueo de la tierra y la obra de la Naturaleza la coagulan en metales, piedras, pedernales y otros cuerpos.

12.4 Pero ha de saberse también que el fuego no coagula ninguna agua ni humedad, sino solo los licores y jugos de todas las cosas naturales. Por esta razón ninguna flema puede coagularse, a menos que en su origen haya sido materia corpórea, a la cual, en efecto, puede ser restituida de nuevo por la industria de un alquimista experimentado.

13 Así, toda materia mucilaginosa o lentor espermático puede coagularse por el calor del fuego en un cuerpo y materia corporal, pero no puede resolverse de nuevo en agua.

13.2 Y como has oído acerca de la Coagulación, sabe también acerca de la Solución, a saber, que ninguna materia corpórea puede resolverse en agua a menos que en su origen haya sido agua, y tal es el caso de todas las sustancias minerales.

13.3 La Tintura es el séptimo y último grado, que concluye la obra de nuestro misterio en lo que toca a la transmutación, hace perfectas todas las cosas imperfectas, las transmuta en su esencia más noble y en su más alto estado de salud, y las cambia a otro color.

13.4 La Tintura, por tanto, es la materia más noble con que se tiñen los cuerpos, metálicos y humanos, y se trasladan a una esencia mejor y mucho más noble, y a su suprema salud y pureza. Pues una Tintura colorea todas las cosas según su propia naturaleza y su propio color.

13.5 Pero hay muchas y diversas Tinturas, y no solo para los cuerpos metálicos y humanos, ya que todo lo que penetra otra materia, o la tiñe de otro color o esencia, de modo que ya no es como era antes, puede llamarse Tintura.

13.6 Hay, pues, tinturas múltiples, a saber, de metales, minerales, cuerpos humanos, aguas, licores, aceites, sales, todas las sustancias grasas; en una palabra, de todas las cosas que, con fuego o sin él, pueden llevarse o reducirse a estado de fluxión.

14 Pues si la tintura ha de teñir, es necesario que el cuerpo o la materia que ha de ser teñida esté abierta y en estado de flujo; pues si no fuera así, la tintura no podría obrar. Sería exactamente como si alguien echara azafrán, o algún otro color, en agua coagulada o hielo; no teñiría el hielo tan rápido con su color como si lo pusiera en otra agua.

14.2 Y, aunque pudiera teñir el hielo, al mismo tiempo lo reduciría a agua. Por eso también los metales que queremos teñir deben licuarse por el fuego y librarse de su coagulación.

14.3 Y aquí ha de saberse que, cuanto más caliente se licúan, tanto más rápido los recorre la tintura, así como la levadura penetra toda la masa y le comunica su acidez; y cuanto mejor se cubre y más caliente se mantiene la masa, tanto más perfectamente fermenta y mejor pan da: pues la levadura es una Tintura de la masa de harina y del pan.

15 Hay que notar también que algunas heces son de sustancia más fija que su licor, y también de naturaleza más aguda y penetrante, como ves en el caso del vinum ardens, que se hace de las heces del vino, y en el caso de la cerevisia ardens, que se destila de las heces de la cerevisia; y así como arde el vinum ardens y se enciende el azufre, así, si de las heces del acetum se des-

tilara otro acetum, como se destila comúnmente el vinum ardens, se produciría de ahí un acetum de naturaleza tan ígnea y acre que consumiría todos los metales, piedras y otras sustancias, como el agua fuerte.

16 Además, la tintura debe ser de naturaleza fija, fusible e incombustible, de modo que, si se echa un poco de ella sobre una lámina de metal al rojo, enseguida flote como cera, y eso sin humo alguno, y penetre el metal como el aceite penetra el papel o el agua una esponja, y tiña todos los metales de blanco y de rojo, es decir, en el caso de Luna y Sol.

16.2 Estas son, pues, las Tinturas de los metales, que primero de todo deben reducirse a alcohol por el grado de la Calcinación. Después, por el segundo grado, el de la Sublimación, debe producirse su propio flujo fácil y suave; por último, por el grado de la Putrefacción y la Destilación se obtiene la Tintura, fija, incombustible y de color inmutable.

17 Pero las Tinturas de los cuerpos humanos —por las cuales esos cuerpos pueden ser teñidos hasta su supremo estado de salud, y expulsadas todas las enfermedades, para que se les restituyan sus fuerzas y colores perdidos y ellos mismos sean vigorizados y renovados— son estas: el oro, las perlas, el antimonio, el azufre, el vitriolo y semejantes, cuyas preparaciones damos en muchos otros libros, por lo que no nos parece necesario repetirlas aquí.

18 Pero acerca de las Tinturas no hace falta escribir más, ya que todo color extraído puede llamarse Tintura, el cual, en efecto, tiñe con color permanente las cosas que no entran en el fuego, o mantienen sus colores fijos en el fuego. Todas estas cosas están en la mano y el poder del tintorero o del pintor, que las prepara a su gusto.

19 En este libro es especialmente necesario también conocer los grados del fuego, que puede graduarse e intensificarse de muchas maneras, y cada grado tiene su operación peculiar, sin que ninguno dé el mismo resultado que otro, como todo alquimista hábil comprueba por su experiencia diaria y la práctica de su arte. Uno es el fuego vivo y llameante, que reverbera y calcina todos los cuerpos.

20 Otro es el fuego de la vela y de la lámpara, que fija todos los cuerpos volátiles. Otro es el fuego de carbón, que cementa, colorea y purga los metales de sus escorias, gradúa más alto a Sol y Luna, quita la blancura a Venus y, en una palabra, renueva todos los metales.

20.2 Otro es el fuego de una lámina de hierro al rojo, sobre la cual se prueban las tinturas de los metales, y que sirve también para otros fines. De un modo produce calor la limadura (es decir, álcali) de hierro, de otro la arena; de otro, la ceniza; de otro, el balneum maris, por el cual se producen muchas destilaciones, sublimaciones y coagulaciones.

20.3 De otro modo aún obra el balneum roris, en el que tienen lugar muchas soluciones de cosas corpóreas. De otra manera, a su vez, actúa el venter equinus, en el que se realizan las principales putrefacciones y digestiones; y de otro modo obra el fuego invisible, por el cual entendemos los rayos del sol, que también se muestra por medio de un espejo, una lámina de acero o un cristal, y despliega su operación y efecto, fuego acerca del cual los antiguos apenas escribieron nada.

20.4 Por este fuego, en efecto, pueden separarse sobre una mesa los tres principios de cualquier sustancia corpórea. De virtud tan maravillosa es este fuego que por medio de él se licúan los metales, y todas las cosas grasas

y fusibles —todas las cosas combustibles, en verdad— pueden reducirse a carbón y ceniza sobre una mesa, y sin fuego.

21 Puesto que, pues, te he expuesto y revelado los grados del Arte Alquímico y los grados del fuego alquímico, te mostraré además y describiré de modo general las diversas transmutaciones de las cosas naturales. Ante todo debe hablarse de los metales; en segundo lugar, de las piedras; en tercero, de diversos objetos según su especie.

21.2 La transmutación de los metales, pues, es el gran secreto de la Naturaleza, y solo puede lograrse con dificultad, a causa de los muchos estorbos y dificultades. Sin embargo, no es contraria a la Naturaleza ni a la voluntad de Dios, como muchos dicen falsamente.

21.3 Pero para transmutar los cinco metales inferiores y más viles, Venus, Júpiter, Saturno, Marte y Mercurio, en los dos metales perfectos, Sol y Luna, debes tener la Piedra Filosofal.

21.4 Mas como ya en los siete grados hemos desvelado y descrito suficientemente los secretos de las Tinturas, no es necesario trabajar más en esto, sino más bien contentarse con lo que hemos escrito en otros libros sobre las Transmutaciones de los Metales.

22 Pero hay otras transmutaciones de metales imperfectos e impuros, como, por ejemplo, de Marte en Venus. Esto puede hacerse de diferentes maneras: primero, si se calientan limaduras de hierro en agua de vitriolo; o, segundo, si se cementan láminas de hierro con vitriolo calcinado; tercero, si se apagan láminas de hierro al rojo en aceite de vitriolo.

22.2 De estas tres maneras el hierro se transmuta en el mejor cobre, natural y pesado, que en verdad funde muy bien y tiene su propio peso igual que cualquier cobre nativo. La limadura de hierro puede también redu-

cirse y transmutarse como en plomo, de modo que se vuelva enteramente blanda como el plomo nativo, pero no funde con facilidad.

22.3 Procede, pues, así: toma limadura de hierro y la misma cantidad del mejor polvo fundente. Mézclalos; ponlos en un tigillum en un horno de fuelle, haz un fuego fuerte, no tanto como para fundir el hierro, sino que esté como en un cemento una hora entera. Después aumenta el fuego con vigor, de modo que el hierro se ponga al rojo y se funda.

22.4 Por último, deja que el tigillum se enfríe por sí solo, y hallarás en el tigillum un régulo de plomo, tan blando y dúctil como pueda serlo el plomo nativo.

23 Pero para transmutar Venus en Saturno procede así: primero de todo, sublima el cobre y redúcelo con arsénico fijo a una sustancia blanca, tan blanca como Luna. Luego granúlalo. De esto, y de buen polvo reducido, toma la misma cantidad; primero cementa y, por último, vierte en el régulo, y tendrás el verdadero régulo de plomo.

24 Por otra parte, es muy fácil convertir el plomo en cobre, y no se requiere gran habilidad. Este es el proceso: calcina láminas de plomo en vitriolo, o estratifícalas con el croco de Venus, cementa y, por último, funde. Entonces verás tanto plomo nativo como quieras transmutado en cobre bueno, pesado y dúctil.

25 Si ahora ese cobre, o cualquier otro cobre, se hace láminas y se estratifica con tutía y calamina, se cementa y, por último, se funde, se cambia en un espléndido color ámbar o rojo, como el oro.

26 Si quieres cambiar Saturno en Júpiter, toma láminas de Saturno y estratifícalas con sal amoníaco, cementa y, por último, funde, como antes. Así se le quita al plomo toda su negrura y oscuridad, y se vuelve, en blancura, como el mejor estaño inglés.

27 Así como ahora has oído en breve un resumen de algunas transmutaciones de los metales, sabe además acerca de las transmutaciones de las gemas, que en verdad son diversas y en modo alguno semejantes. Pues ves cuán grande transmutación de las gemas yace oculta en el aceite de azufre. Cualquier cristal puede teñirse y transmutarse en él y, con el tiempo, graduarse con colores distintos hasta parecerse a un jacinto granado o a un rubí.

28 Entiende de igual modo acerca del imán. Puede transmutarse hasta diez veces su poder y virtud de la manera siguiente: toma un imán y caliéntalo en las brasas hasta tal grado que esté a alta temperatura, pero aún no al rojo. Apágalo enseguida en el aceite del croco de Marte, que se hace del mejor acero de Carintia, de modo que embeba tanto como pueda recibir. Así harás un imán tan poderoso que con él podrás sacar los clavos de una pared y hacer otras cosas maravillosas que un imán común nunca podría lograr.

29 Además, en las transmutaciones de las gemas ha de saberse que el mundo está situado en los dos grados de la tintura y la coagulación. Pues así como la clara de huevo puede teñirse con azafrán y coagularse después en un hermoso ámbar amarillo, con el tinte del pino en ámbar negro, con cardenillo en ámbar verde, como la piedra cianea o turquesa, con jugo verde a semejanza de la esmeralda, con lazúleo en un ámbar cerúleo como el zafiro, con palo del Brasil en un ámbar rojo como el jacinto granado o el rubí, con un color púrpura como la amatista, o con albayalde hacerse seme-

jante al alabastro, así todos los demás licores, y en especial los metales y minerales, pueden teñirse con colores fijos, coagularse después y transmutarse en gemas.

30 De modo semejante, también las perlas pueden hacerse completamente como las verdaderas en apariencia, de suerte que por su brillo y belleza apenas puedan distinguirse de las genuinas. Procede así: purifica cuanto sea posible la clara de huevo con una esponja.

30.2 En ella pon y mezcla un poco de talco blanco y fino, o concha de perla, o Mercurio coagulado con Júpiter y reducido a alcohol. Al mismo tiempo, muélelo muy fino sobre mármol, de modo que se vuelva una amalgama espesa, que debe secarse al sol o detrás de un horno caliente hasta que se vuelva como queso o hepar.

30.3 Por último, de esta masa haz cuantas perlas quieras y ensártalas en cerdas de cerdo. Una vez así horadadas, sécalas como hiciste con el ámbar, y las tendrás preparadas. Si no brillan lo bastante, úntalas por fuera con clara de huevo y sécalas otra vez. Así se volverán perlas hermosísimas, como las verdaderas en la forma, aunque no en la virtud.

31 Casi del mismo modo hacen los corales quienes quieren engañar a la gente, como con las perlas de que acabamos de hablar. Procede así: muele cinabrio con clara de huevo en un mortero de mármol durante una hora. Después sécalo como tierra de alfarero. Luego forma de ahí píldoras o ramitas, como quieras; por último, sécalas bien y úntalas por fuera, como hiciste con las perlas, con clara de huevo. Sécalas de nuevo, y así se volverán como el coral nativo en apariencia, pero no en virtud.

32 Ha de saberse también que la clara de huevo por sí sola puede coagularse en un barniz finísimo, en cuya coagulación pueden ponerse Luna o Sol.

33 Hay muchas otras y diversas transmutaciones, de las cuales te contaré brevemente y de paso las que conozco y he experimentado. Primero, aprende que cualquier madera, si en un tiempo determinado se pone en el agua de la sal de una gema, se convierte en piedra de un modo capaz de causar asombro. Así también las piedras se transmutan en carbones por el fuego etneo, y estos se llaman carbón de piedra.

34 Del mismo modo se hace cola de los cueros, papel del trapo de lino, y se produce seda del lino con una lejía muy aguda hecha de cal y de cenizas de glasto. Si se toman las partes plumosas de las plumas y se aderezan con esta lejía, pueden hilarse y tejerse como el algodón. Cualquier aceite o mucílago espermático puede coagularse en barniz; cualquier licor, en goma. Todas estas son transmutaciones de las cosas naturales, de las cuales ya hemos dicho bastante, y por eso escribimos nuestro finis.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

VIII. DE LAS SEPARACIONES DE LAS COSAS NATURALES

✦

1 En la creación del mundo, la primera separación empezó con los cuatro elementos, cuando la primera materia del mundo era un solo caos. De ese caos Dios construyó el Mundo Mayor, separado en cuatro elementos distintos: Fuego, Aire, Agua, Tierra. El Fuego era la parte cálida, el Aire solo la fría, el Agua la húmeda y, por último, la Tierra no era sino la parte seca del Mundo Mayor.

2 Ahora bien, para que aprendas nuestro método en este Libro Octavo tan brevemente como sea posible, has de saber que no nos proponemos tratar aquí de la Separación de los Elementos en todas las cosas naturales, ya que hemos enseñado plena y perfectamente acerca de estos arcanos en nuestro Archidoxa sobre las Separaciones de los Elementos.

2.2 Aquí tocamos solo la separación de las cosas naturales, en la que una cosa sola, y por sí misma, se separa y segrega material y sustancialmente, cuando dos, tres, cuatro o más se han mezclado en un cuerpo, y sin embargo solo se toca y se ve una única materia.

2.3 Y aquí sucede con frecuencia que una materia corpórea de esta clase no puede ser conocida por nadie, ni designarse con un nombre expreso, hasta que se emprende el proceso de separación. Entonces a veces de una sola materia proceden dos, tres, cuatro, cinco o más, como se hace evidente por la experiencia diaria en la Alquimia.

2.4 Como ejemplo para ti está el electro, que por sí mismo no es un metal, pero oculta todos los metales en un solo metal y cuerpo. Si este, por el arte alquímico, se anatomiza y separa, proceden de él los siete metales, puros y sin mezcla, a saber: oro, plata, cobre, estaño, plomo, hierro, azogue, etc.

3 Pero para entender qué es la separación, debes saber que no es otra cosa que la segregación de una cosa de otra, ya se hayan mezclado dos, tres, cuatro o más: me refiero a la segregación de los tres principios, como mercurio, azufre y sal, y a la extracción de lo puro de lo impuro, o del espíritu puro y noble y la quintaesencia del cuerpo denso y elemental; y a la preparación de dos, tres, cuatro o más a partir de uno; o a la disolución y liberación de cosas enlazadas y atadas entre sí, que por naturaleza son adversas, y obran perpetuamente en sentido contrario la una a la otra, y siguen haciéndolo hasta que se destruyen mutuamente.

4 Hay muchos y diversos modos de separación, no todos los cuales nos son conocidos; pero los que entre los elementos naturales solubles han sido investigados por nosotros se expondrán y describirán aquí según sus especies.

5 La primera Separación de que hablamos debe comenzar por el hombre, puesto que él es el Microcosmos, el mundo menor, y por causa de él fue fundado el Macrocosmos, el mundo mayor, para que él fuera su Separador. Pero la separación del Microcosmos empieza por la muerte.

5.2 Pues en la muerte los dos cuerpos del hombre se separan uno del otro, es decir, el Celeste y el Terrestre, el Sacramental y el Elemental. Uno de ellos se eleva a lo alto, como un águila; el otro se hunde en la tierra, como el plomo. El cuerpo elemental se corrompe y se consume. Se vuelve un cadáver pútrido que, sepultado en la tierra, nunca más sale ni aparece.

5.3 Pero el cuerpo Sacramental, es decir, el cuerpo sideral y celeste, no se corrompe, no es sepultado, no ocupa lugar. Este cuerpo se aparece a los hombres y es visto aun después de la muerte. De ahí tenemos los espectros, las visiones y las apariciones sobrenaturales.

5.4 A partir de ellas elaboraron los antiguos Magos el Arte Cabalístico, que se trata más extensamente en los libros sobre la Cábala. Hecha esta separación, pues, por la muerte del hombre, las tres sustancias se separan una de otra, es decir, el cuerpo, el alma y el espíritu, y cada una se encamina a su propio lugar, como al arca de la que salió primero: el cuerpo a la tierra, como primera materia de los elementos; el alma a la primera materia de los sacramentos; y, por último, el espíritu a la primera materia del caos aéreo.

6 Lo que se ha dicho ahora acerca de la separación del Microcosmos debe entenderse también del mundo mayor, que el poderoso océano ha separado en tres partes, de modo que el mundo universal queda así dividido en tres porciones: Europa, Asia y África. Esta separación es una especie de prefiguración de los tres principios, porque también ellos pueden separarse de toda cosa terrestre y elemental. Estos principios son Mercurio, Azufre y Sal. De estos tres está edificado y compuesto el mundo.

7 De aquí debe conocerse la separación de los metales de sus montañas, es decir, la separación de los metales y los minerales. Por la separación que se emprende en ellos, muchas cosas salen de una sola materia.

7.2 Ves que de los minerales salen metal, escorias, vidrio, arena, pirita, marquesita, granito, cobalto, talco, cachimia, zinctum, bismuto, antimonio, litargirio, azufre, vitriolo, cardenillo, crisocola, coeruleum o lazulum, oropimente, arsénico, rejalgar, cinabrio, arcilla refractaria, spathus, gyphus,

trípoli, tierra roja y otras cosas semejantes; y luego, de cada una de ellas, el agua, los aceites, las resinas, la cal o ceniza, el Mercurio, el Azufre, la Sal, etc.

8 Los vegetales en su separación dan aguas, aceites, jugos, resinas, gomas, electuarios, polvos, cenizas, Mercurio, Azufre, Sal, etc.

9 Los animales en su separación dan agua, sangre, carne, grasa, huesos, piel, cuerpo, pelo, Mercurio, Azufre, Sal, etc.

10 Quien, por tanto, se jacte de ser separador de tales cosas naturales necesita larga experiencia y conocimiento perfecto de todos los objetos naturales. Además, debe ser un alquimista hábil y práctico, para saber qué es o no es combustible, qué es fijo y qué volátil, qué entra o no entra en flujo, y qué cosa es más pesada que otra. Debe también haber investigado en cada objeto su color natural, olor, acidez, aspereza, acritud, amargor, dulzura, su grado, complexión y cualidad.

11 Además, es necesario conocer los grados de la separación, que consisten en destilación, resolución, putrefacción, extracción, calcinación, reverberación, sublimación, reducción, coagulación, pulverización y lavación. Por la destilación se separan el agua y el aceite de todas las sustancias corpóreas.

11.2 Por la resolución se separan los metales de los minerales, y un metal de otro, la sal y la grasa de otras cosas, y lo ligero se separa de lo más pesado. Por la putrefacción se separa lo graso de lo magro, lo puro de lo impuro, lo corrompido de lo incorrupto.

11.3 Por la extracción se separa lo puro de lo impuro, el espíritu y la quintaesencia de su cuerpo, y la perla de su cuerpo denso. Por la calcinación se separan la humedad acuosa, la grasa, el color natural, el olor y todo lo que

de otro modo es combustible.

11.4 Por la reverberación se separan el color, el olor, la inflamabilidad, toda humedad y acuosidad, la grasa y, en una palabra, todo lo que hay en la sustancia que sea fusible o inconstante, y así sucesivamente. Por la sublimación se separan entre sí lo fijo y lo volátil, lo espiritual y lo corpóreo, lo puro de lo impuro, el Azufre de la Sal, el Mercurio de la Sal; y lo demás.

11.5 Por la reducción se separa lo fusible de lo sólido, el metal de su mena mineral, un metal de otro, el metal de la ceniza, lo graso de lo que no es graso. Por la coagulación se separa la humedad de la mera humedad, el agua de la tierra.

12 Por la pulverización se separan unos de otros el polvo y la arena, las cenizas y la cal, lo mineral de la sustancia animal y vegetal. Todos los polvos de peso desigual se separan por el proceso de la jaculación, igual que la paja del grano. Por el lavado o ablución se separan las cenizas y la arena, el mineral de su metal, la sustancia pesada de la más ligera, la porción vegetal y animal de la mineral. El Azufre del Mercurio y de la Sal, la Sal del Mercurio.

13 Pero ahora, dejando a un lado la mera teoría, acerquémonos a la obra práctica de la separación y descendamos a los detalles particulares. Ha de notarse que la separación de los metales es con razón la primera de todas. Por esta razón, pues, trataremos de ella en primer lugar.

14 De la separación de los metales de sus minerales.

15 La separación de los metales de sus menas minerales puede hacerse de muchas maneras, por ejemplo, por ebullición o excocción, o por licuación con ciertos polvos fundentes, como sal de álcali, litargirio, sal fluxum, fel

vitri, ceniza, sal gemmae, salitre, etc. Ponlos en un vaso o fuente y déjalos fundir en un horno.

15.2 Entonces el metal, como régulo, se asentará en el fondo del vaso, mientras que la materia del mineral flotará en la superficie y se volverá ceniza. Debes luego trabajar este régulo metálico en un horno por medio de un reverbero, hasta que todo el metal puro quede libre de toda suciedad o ceniza.

15.3 De este modo el metal queda completamente digerido y (por así decir) refinado o purgado de toda su suciedad y escoria. Las menas minerales de esta clase contienen a veces más de un metal, como sucede muy a menudo: por ejemplo, cobre y plata, cobre y oro, plomo y plata, estaño y plata, etc., pueden hallarse en una sola mena; y la señal de esta circunstancia se hará patente si el régulo metálico, después de tratado en el reverbero, se resuelve en una pequeña copela según la manera y el modo debidos.

15.4 Todos los metales imperfectos que hay en él se separan, como el cobre, el hierro, el estaño, el plomo, y así se van en humo junto con el plomo (del cual debe añadirse el doble que del régulo), y entonces solo quedan en la copela plata y oro finos. Se obtiene un resultado semejante también si el rex metálico se licúa y se vierte sobre los terrones.

16 Por ese método de fusión se separan los metales entremezclados. Lo que es mejor y más pesado siempre se hunde al fondo, mientras que lo más ligero sube arriba.

17 Dos o tres metales mezclados pueden también separarse en agua acre y fuerte, y uno puede extraerse del otro, extenderse y resolverse. Pero si ambos metales se resuelven juntos, uno de ellos en esa resolución, como arena

o cal, puede diverberarse y precipitarse con sal según el método usual, y así separarse.

18 Además de esto, los metales pueden también separarse por fluxión según el proceso siguiente. Lleva los metales al estado de flujo. Hecho esto, echa por cada libra de metal una onza del azufre más perfectamente sublimado y refinado.

18.2 Allí se quemará y, en el curso de esa operación, atraerá hacia sí, a la superficie, un metal, el más ligero, mientras dejará el más pesado en el fondo. Déjalos estar así hasta que se enfríen.

18.3 Así en el único régulo se hallarán dos metales, no mezclados como antes, sino opuestos entre sí y separados por el azufre como por un muro, igual que el aceite separa dos cuerpos de agua, de modo que no pueden juntarse ni mezclarse. Del mismo modo obra el azufre con estos metales. El azufre, por tanto, es un arcano digno de la más alta estima.

19 Los metales volátiles y fugitivos, como el oro y la plata, si han de separarse de sus minerales, ya que no pueden tratarse ni en el fuego ni con aguas fuertes, deben amalgamarse, separarse y extraerse por medio del Mercurius vivus. Después el Mercurius vivus debe abstraerse y separarse de la cal del oro o de la plata por el grado de la destilación.

20 De este modo también otros metales, como el oro, la plata, el cobre, el hierro, el estaño, el plomo, y las sustancias preparadas de ellos, como el electro rojo, la magnesia blanca, el auricalco, las cenizas de plomo, el latón, el bronce de fundición, la parte con parte, etc., y cualesquiera metales transmutados de esta clase que haya, deben abstraerse y separarse de sus sustancias extrañas por medio del Mercurius vivus. Pues tal es la naturaleza

y cualidad del Mercurius vivus, que se amalgama con los metales y se une completamente a ellos, pero más rápida o más lentamente con uno que con otro, según el metal sea más o menos afín a su naturaleza.

21 En esta escala el principal es el oro fino, luego la plata fina, el tercero el plomo, el cuarto el estaño, el quinto el cobre y el último el hierro. Así, entre los metales transmutados, el primero es la parte con parte, luego las cenizas de plomo, después el latón, luego el bronce de fundición, luego el metal rojo y por último el blanco.

21.2 El Mercurio, por su parte, no toma más que un metal con el que se amalgama. Después esa amalgama debe exprimirse siempre con fuerza por medio de una piel de cabra o un trapo de algodón, del cual ha de introducirse una tira, con lo que no pasará más que el Mercurius vivus solo.

21.3 El metal que fue atraído quedará en la piel o en el trapo como cal, y podrás después reducirlo a cuerpo metálico fundiéndolo con sal de álcali o alguna otra sustancia. Con este recurso se separa el Mercurius vivus de todos los metales más rápida y cómodamente que por el método de la destilación.

21.4 Por este proceso con el Mercurius vivus, en manos de un alquimista hábil y activo, todos los metales pueden extraerse y separarse uno de otro sucesivamente, tras su calcinación y pulverización.

21.5 Del mismo modo, con muy poco trabajo, también el estaño y el plomo pueden separarse del cobre, o de vasijas de cobre, del hierro y el acero estañados, y esto sin fuego ni agua alguna, solo por la amalgama del Mercurius vivus, como hemos dicho.

22 Asimismo, el pan de oro y de plata, así como todo metal después de molido o machacado, y escrito con pluma o pincel sobre tela, pergamino, papel, cuero, madera, piedra u otra materia, puede resolverse con Mercurius vivus, pero de modo que después el Mercurius vivus pueda separarse y segregarse otra vez de estos metales.

23 La separación de los metales en aqua fortis, aqua regis y otros corrosivos fuertes semejantes se hace de la manera siguiente: tómese el metal que está mezclado y unido a otro, y redúzcase a láminas muy delgadas o a porciones diminutas. Póngase en un vaso de separación y viértase sobre él una cantidad suficiente de agua fuerte común.

23.2 Déjense estar, y macérense ambos hasta que todo el metal se resuelva en un agua transparente. Si es plata y contiene oro, toda la plata se resolverá en agua, mientras que el oro se calcinará y se hundirá al fondo en forma de arena negra. Por este método se separarán los dos metales, oro y plata.

23.3 Pero si quieres separar la plata sola sin destilación, y llevarla al fondo como arena negra, y devolverla a la calcinación desde su estado de resolución, pon entonces en esa resolución una pequeña lámina de cobre, y al punto la plata se hundirá en el agua y ocupará el fondo del vaso de vidrio como nieve, mientras empezará a consumir poco a poco la lámina de cobre.

24 La separación de la plata y el cobre por medio del agua fuerte común se realiza de la manera siguiente: reduce el cobre que contiene plata, o la plata que contiene cobre en sí, a láminas muy delgadas o a granos; ponlo en un vaso de vidrio y añade cuanta agua fuerte común sea necesaria.

24.2 De este modo la plata se calcinará e irá al fondo en forma de cal blanca, mientras que el cobre se resolverá y se convertirá en agua transparente. Si esta agua, junto con el cobre resuelto, se trasvasa por un embudo de vidrio desde la cal de plata a otro vaso de vidrio aparte, entonces el cobre resuelto puede reverberarse con agua común de lluvia o de río, o con agua salada caliente, de modo que ocupe el fondo del vaso de vidrio como arena.

25 La separación del oro oculto en cualquier metal se hace por el grado de la extracción mediante el aqua regis; pues esta agua no ataca para resolver ningún metal sino solo el oro fino.

26 Esta misma aqua regis separa también el oro fino de las clenodias doradas. Si se unta sobre ellas, quita y desprende el oro.

27 Además, también dos metales mezclados pueden separarse uno del otro con un cemento por el grado de la reverberación, sobre todo si no están en un grado semejante de fijación, como el hierro y el cobre. Un metal que tiene muy poca fijación, como el estaño y el plomo, se consume del todo en el cemento por el grado de la reverberación. Cuanto más fijo es un metal, tanto menos lo afecta o consume el cemento.

28 Ha de saberse también que el oro fino es el más fijo y perfecto de todos los metales, y ningún cemento puede consumirlo. Después de él viene la plata fina. Pero si el oro y la plata se mezclan en un solo cuerpo, que generalmente se llama «parte con parte», o si la plata contiene oro, o el oro plata, en sí —si estas mezclas, digo, se cementan y reverberan juntas, entonces el oro siempre permanece entero e intacto, mientras que la plata es con-

sumida por el cemento y se extrae del oro fino; y así el cobre de la plata o del hierro, o el estaño del cobre y del hierro, o el plomo del estaño; y así por orden con los demás.

29 De la separación de los minerales.

30 Hasta aquí hemos explicado la separación de los metales de su tierra y materia, y de un metal de otro; y hemos mostrado cómo había de hacerse, con la mayor brevedad compatible con la exactitud, y siguiendo el arte alquímico y la experiencia práctica.

30.2 Ahora, en el orden siguiente, será necesario también que tratemos de aquellas cosas de las que los metales crecen y se generan, como son los tres principios, Mercurio, Azufre y Sal, y otros minerales, entre los cuales se halla la primera esencia de los metales, es decir, el espíritu de los metales, como es evidente en las marquesitas, los granitos, las cachimias, el talco rojo, el lazurium y semejantes.

30.3 En estos se halla la primera esencia del oro por el grado de la sublimación. Así también en la marquesita blanca, el talco blanco, el oropimente, el arsénico, el litargirio, etc., se halla la primera esencia de la plata. En el cobalto, el zinctum, etc., la primera esencia del hierro. En el zinctum, el vitriolo, el atramentum, el cardenillo, etc., la primera esencia del cobre.

30.4 En el zinctum, el bismuto, etc., la primera esencia del estaño. En el antimonio, el minio, etc., la primera esencia del plomo. En el cinabrio se halla la primera esencia de la plata.

31 Acerca de esta primera esencia ha de saberse que es un espíritu fugitivo, que existe aún en estado volátil, como un niño yace oculto en el vientre de su madre. A veces se asemeja a un licor, a veces a un alcohol. Quien, por

tanto, desee tener la esencia primera de cualquier cuerpo, y separarla, necesita gran experiencia y conocimiento del Arte Espagírico.

32 Si no ha trabajado con diligencia en la alquimia, de nada le servirá, y su trabajo será en vano. Cómo ha de separarse la primera esencia de todos los cuerpos minerales se ha explicado suficientemente en los libros del Archidoxis, y no hace falta repetirlo aquí.

32.2 Pero en cuanto a la separación de los minerales, debe notarse que muchas cosas de esta clase se separan por medio de la sublimación, como lo fijo de lo no fijo, los cuerpos espirituales y volátiles de los fijos, y así a través de todas las divisiones, como se detalla en el caso de los metales.

32.3 Con todos los minerales el proceso es uno y el mismo, a través de todos los grados, como enseña el Arte Espagírico.

33 De la separación de los vegetales.

34 La separación de las cosas que crecen de la tierra y son combustibles, como frutos, hierbas, flores, hojas, pastos, raíces, maderas, etc., se dispone también de muchas maneras. Por la destilación se separa de ellas primero la flema, después el Mercurio, luego el aceite, en cuarto lugar su azufre y por último su sal. Cuando todas estas separaciones se hacen según el Arte Espagírico, resultan medicamentos notables y excelentes, tanto para uso interno como externo.

35 Pero cuando la pereza ha crecido hasta tal punto entre los médicos, y todo trabajo y toda ocupación se vuelven solo insolencia, no me extraña, en verdad, que preparaciones de esta clase se descuiden por todas partes y que los carbones estén a tan bajo precio.

35.2 Si los herreros pudieran prescindir de los carbones para forjar y labrar los metales con la misma facilidad con que estos médicos prescinden de ellos al preparar sus medicinas, no hay duda de que todos los carboneros se habrían visto reducidos ya a la mendicidad extrema. Entretanto, ensalzo y adorno con el elogio que con justicia les corresponde a los médicos espagíricos.

35.3 Estos no se entregan a la comodidad y la ociosidad, pavoneándose con andar altivo, vestidos de seda, con anillos ostentosamente exhibidos en los dedos, o puñales plateados ceñidos a los lomos, y guantes finos en las manos. Sino que se dedican con diligencia a sus trabajos, sudando noches y días enteros sobre hornos ardientes.

35.4 Estos no matan el tiempo con charla vacía, sino que hallan su deleite en su laboratorio. Visten ropas de cuero y llevan un ceñidor para limpiarse las manos. Meten los dedos entre los carbones, el luten y el estiércol, no en anillos de oro. Como los herreros y los carboneros, están tiznados y sucios, y no miran con orgullo y semblante acicalado. Ante los enfermos no parlotean ni alaban sus propias medicinas.

36 Comprenden que la obra debe glorificar al obrero, no el obrero a la obra, y que las palabras bonitas sirven de muy poco para curar a los enfermos. Pasando por alto todas estas vanidades, se alegran de ocuparse junto al fuego y de aprender los grados del saber alquímico. De esta clase son: Destilación, Resolución, Putrefacción, Extracción, Calcinación, Reverberación, Sublimación, Fijación, Separación, Reducción, Coagulación, Tintura y semejantes.

37 Pero cómo se hacen todas estas separaciones según el Arte Espagírico y Alquímico con ayuda de grados distintos ya se ha dicho antes de modo general, y repetir aquí lo mismo de nuevo es vano. Para pasar a lo particular y explicar brevemente el método práctico, sépase que no todo puede separarse por uno y el mismo proceso; es decir, el agua, el espíritu, el licor, el aceite, etc., de hierbas, flores, semillas, hojas, raíces, árboles, frutos, maderas, según el grado de la destilación.

38 Las hierbas requieren un proceso, las flores otro, las semillas otro, las hojas otro, las raíces otro, los árboles, tallos y troncos otro, los frutos otro, las maderas otro, etc. Y en este grado de la destilación han de considerarse los cuatro grados del fuego. El primer grado del fuego es el Balneum Mariae. Esta es la destilación hecha en agua.

38.2 El segundo grado del fuego es la destilación hecha en cenizas. El tercero es en arena, el cuarto a fuego libre, como también se hace por lo general la destilación del agua fuerte y otras aguas violentas. Las hierbas, flores, semillas y semejantes requieren el primer grado del fuego. Las hojas, frutos, etc., necesitan el segundo.

38.3 Las raíces, ramas y troncos de árboles, etc., requieren el tercero. La madera de construcción y semejantes requieren el cuarto. Cada una de estas sustancias debe cortarse o machacarse menudamente antes de llevarse al alambique. Hasta aquí se ha dicho lo tocante a la destilación de las aguas y de las sustancias vegetales.

38.4 En cuanto a la separación y destilación de los aceites, debe seguirse el mismo proceso del que hemos hablado en la separación de las aguas, salvo que, en su mayor parte, han de destilarse por descenso. No pueden,

como las aguas, ascender en el alambique; por eso en este caso ha de cambiarse el proceso.

38.5 Los licores, en cambio, no se separan como las aguas y los aceites por destilación, sino que se exprimen de sus sustancias corpóreas bajo una prensa.

39 Y aquí ha de saberse que algunos aceites, igualmente, como los licores, se exprimen de sus sustancias corpóreas y se separan por medio de la prensa por esta razón: que apenas soportan combustión o calor del fuego alguno, sino que adquieren de ello un olor desagradable. De esta clase son los aceites de almendras, nueces, huevos duros y semejantes.

39.2 También ha de notarse que todos los aceites, si se preparan o coagulan según el Arte Espagírico y Alquímico, dan barniz, electuario, goma o una especie de resina, que también podría llamarse azufre; y si las especies que quedan en el alambique se calcinaran y redujeran a cenizas, podría extraerse y separarse de ellas el álcali con sola agua tibia simple.

39.3 La ceniza que queda se llama tierra muerta, y de ella ya no puede producirse ni separarse nada más.

40 De la separación de los animales. Es necesario anteponer a la separación o anatomía de los animales la explicación de cómo la sangre, la carne, los huesos, la piel, los intestinos, etc., están cada uno por sí, y luego de cómo se separa cada uno por el Arte Espagírico. En esta parte las separaciones son principalmente cuatro.

40.2 La primera saca de la sangre una humedad acuosa y flemática. Pues cuando la sangre se ha separado de esta manera, según el proceso transmitido en el libro de las Conservaciones, sale una Mumia excelente, y un es-

pecífico tan potente que cualquier herida fresca puede sanarse y consolidarse en veinticuatro horas con una sola ligadura.

41 La segunda separación es la de la grasa de la carne. Separada esta grasa de la carne humana, se produce un bálsamo excelentísimo, que calma los dolores de la gota, de la contracción y otros de naturaleza semejante, si se untan con él tibio los miembros afectados. Es útil también para los tendones contraídos de las manos o los pies, si se untan diariamente con él.

41.2 Además cura la sarna y toda clase de lepra. Este es, pues, el principal específico quirúrgico, y de la primerísima eficacia en todos los accidentes y heridas.

42 La tercera separación es la de la humedad acuosa y flemática con la grasa extraída de los huesos. Pues si estas dos se separan de los huesos humanos por el Arte Espagírico y según el grado de la destilación, y si, además, por el método de la calcinación se reducen o queman a una ceniza blanca, y si, por último, estas tres se unen de nuevo de la manera debida, de modo que sean semejantes al butyrus, se formará un arcano y específico maravilloso, con el cual podrás, sin dolor, curar por completo cualquier fractura de los huesos vendándolos solo tres veces, con tal que trates la fractura reduciéndola según las reglas de la ciencia quirúrgica y luego pongas el específico en forma de emplasto.

42.2 El mismo cura también por completo las heridas del cráneo, o cualquier contusión de los huesos, en el menor tiempo posible.

43 La cuarta y última separación es la de las resinas y gomas de la piel, los intestinos y los tendones. Pues la resina se extrae y separa de estos por el grado de la extracción según el Arte Espagírico y, coagulada a los rayos del sol, sale como una pasta clara y transparente.

43.2 Cuando esta pasta se ha preparado, extraído y separado del cuerpo humano según el método prescrito, resulta un excelentísimo arcano y específico estíptico, con el cual una herida o úlcera puede sanarse rápidamente y juntarse sus labios, igual que dos hojas de papel se pegan con engrudo, con tal que apliques a la herida dos o tres gotas de esa sustancia resuelta.

43.3 Este arcano es también de singular eficacia para las quemaduras, y para la caída o aspereza de las uñas, si se extiende sobre ellas con una pluma. De este modo la carne desnuda se cubrirá con una cutícula.

44 Podrían contarse aquí también muchas otras separaciones de una u otra cosa; pero como las hemos mencionado en otros lugares, sería vano repetirlas ahora ociosamente.

45 Aquí solo es necesario escribir lo que no hemos mencionado en otra parte.

46 Pero al fin, al término de todas las cosas terrenas, se llevará a cabo la separación final, en la tercera generación, en aquel gran día en que el Hijo de Dios vendrá en su majestad y gloria, y delante de Él se llevarán, no espadas, cadenas, diademas, cetros y tesoros, ni otras joyas reales con que los príncipes, reyes y césares se conducen con pompa, sino su Cruz, y la corona de espinas, y los clavos que traspasaron sus manos y sus pies, y la lanza con que fue herido su costado, y la caña y la esponja en que le alargaron lo que le dieron a beber, y las varas con que fue azotado y golpeado. Ninguna multitud de jinetes con tambores de lejano estruendo lo acompañará; sino que los ángeles tocarán las cuatro trompetas hacia las cuatro partes de la tierra, y a su tremendo sonido todos los que estén entre los vivos serán muertos, y estos, junto con los muertos sepultados, resucitarán al instante.

47 Pues se oirá una voz: «¡Levantaos, muertos, y venid a juicio!». Entonces los Doce Apóstoles se sentarán en tronos preparados de las nubes y juzgarán a las doce familias de Israel. En aquel lugar los Santos Ángeles separarán a los malos de los buenos, a los malditos de los benditos, a los cabritos de las ovejas.

47.2 Entonces los malditos serán arrojados abajo como piedras y como plomo; pero los benditos volarán como águilas. Entonces del tribunal de Dios saldrá una voz para los que estén a la izquierda: «Apartaos, malditos, al fuego eterno, preparado desde la eternidad para Satanás y los demonios. Porque tuve hambre y no me alimentasteis; tuve sed y no me disteis de beber; estuve enfermo, y preso, y desnudo, pero no me visitasteis, no me pusisteis en libertad, no me vestisteis. En una palabra, no os movió la compasión por mí. ¡Por eso aquí no hallaréis compasión!».

47.3 Por el contrario, a los que estén a la derecha dirá así: «Venid, benditos y elegidos, al Reino de mi Padre, que desde el principio ha sido preparado para vosotros y para todos los ángeles. Porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; fui forastero y me acogisteis; estuve desnudo y me vestisteis; estuve enfermo y me visitasteis; estuve en la cárcel y vinisteis a mí. Así también yo os recibiré en la casa de mi Padre, en la que están las muchas moradas de los santos. Vosotros os compadecisteis de mí; ¡y así yo me compadeceré de vosotros!».

48 Cuando todas estas cosas estén acabadas y cumplidas, todos los sujetos elementales volverán a la primera materia de los elementos, y serán revueltos por la eternidad, pero nunca consumidos. Por el contrario, todas las

criaturas sacramentales volverán a la materia primera de los sacramentos, es decir, serán glorificadas, y en gozo eterno adorarán a Dios su Creador, de universo en universo, de eternidad en eternidad. Amén.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

IX. DE LA SIGNATURA DE LAS COSAS NATURALES

✦

1 En este libro, ya que vamos a filosofar, nuestra primera tarea es con la signatura de las cosas, a saber, exponer cómo están signadas, qué signador existe y cuántos signos se cuentan. Sépase, pues, ante todo, que los signos son de tres clases. Las primeras cosas signadas las signa el hombre; las segundas las signa el Arqueo; las terceras, los Astros de los Sobrenaturales.

1.2 De este modo, por tanto, solo existen tres signadores: el Hombre, el Arqueo y los Astros. Además, conviene advertir que los signos signados por el hombre traen consigo un conocimiento y juicio perfectos de las cosas ocultas, así como la noticia de sus poderes y facultades escondidas.

2 Los signos de los astros dan profecías y presagios. Señalan la fuerza de las cosas sobrenaturales y ofrecen juicios y revelaciones verdaderos en la geomancia, la quiromancia, la hidromancia, la piromancia, la necromancia, la astronomía, el arte berilístico y otras ciencias astrales.

3 Ahora bien, para explicar todos los signos del modo más correcto y breve posible, es necesario ante todo presentar aquellos cuyo signador es el hombre. Una vez entendidos estos, llegarás con más acierto a los demás, sean naturales o sobrenaturales.

3.2 Por ejemplo, se sabe que los judíos llevan un signo amarillo en la capa o en el sayo. ¿Qué es esto sino un signo por el cual cualquiera que se encuentre con él pueda entender que es judío? Así también el lictor se reco-

noce por su túnica o brazal de varios colores. Así también toda magistratura adorna a sus ministros con sus propios colores e insignias.

4 El artesano marca su obra con su signo peculiar, para que todos entiendan quién la ha hecho. ¿Con qué fin lleva el correo en su vestido las insignias de su señor o de su ciudad, sino para que quede claro que es un mensajero, que sirve a uno u otro, que viene de un lugar o de otro, y así se procure un paso seguro?

5 Así también el soldado lleva un signo o símbolo, negro, blanco, verde, azul o rojo, para distinguirse del enemigo. Por ello se sabe que uno está del lado del César o de los reyes; que uno es italiano, otro galo, etc. Estos son signos que atañen al rango y al oficio, y podrían enumerarse muchos más. Pero, como nos hemos propuesto describir otros signos de las cosas naturales y sobrenaturales, no sobrecargaremos nuestro libro con signos ajenos a nuestro propósito.

6 Es necesario explicar con más claridad aquellos signos que el hombre pone y que conducen al conocimiento no solo del rango, el oficio o el nombre, sino también del discernimiento, la inteligencia, la edad, la dignidad y el grado.

6.2 A continuación, en cuanto al dinero, ha de recordarse que toda moneda lleva su prueba y su signo, por los cuales puede saberse cuánto vale, a qué potestad pertenece, dónde circula y se acepta. Aquí viene al caso el proverbio alemán: “En ninguna parte es el dinero más aceptado que donde se acuña”.

7 Lo mismo ha de entenderse de los signos acostumbrados que ponen los jurados y los designados para ello, después de hecha la debida inspección. Ejemplo de esto son los paños marcados con signos distintivos, por los que puede saberse que, examinados, se hallaron buenos y genuinos. ¿Por qué se pone un sello a las cartas, sino para que tengan cierta fuerza que nadie se atreva a violar?

7.2 El sello es la confirmación de la carta, que le da autoridad entre los hombres y en los juicios. Un recibo sin sello está muerto, es inútil, vacío.

8 Del mismo modo, con unas pocas letras, nombres o palabras se designan muchas cosas, como los libros que, aunque rotulados por fuera con una sola palabra, de ese modo significan su contenido.

9 Tal es también la condición de los vasos y cajas de las boticas, que se distinguen todos por nombres o rótulos peculiares que se les fijan. Si no se hiciera así, ¿quién podría distinguir unos de otros entre tantas aguas, licores, jarabes, aceites, polvos, semillas, ungüentos y cosas semejantes?

9.2 Del mismo modo, el alquimista en su laboratorio marca con sus propios nombres y rótulos todas las aguas, licores, espíritus, aceites, flemas, azafranes, álcalis, polvos, y luego todas sus diferentes clases, una por una, para poder escoger entre ellas lo que quiera. Sin esta precaución es imposible recordar cada una por separado.

10 Así también las habitaciones y edificios construidos por los hombres pueden signarse con un número, de modo que la edad de cualquiera de ellos se conozca al primer vistazo del número que lleva.

11 Decidí presentarte estos signos para que, una vez dominados, me entendieras con más facilidad en lo restante, y el sentido de cada cosa fuera más claro y evidente.

12 De los signos monstruosos en los hombres.

13 Muchos hombres vienen a la luz deformados con signos monstruosos. Uno tiene un dedo de más, otro un dedo de menos; y lo mismo puede ocurrir con los dedos de los pies. Otro trae del vientre un pie, brazo, espalda u otro miembro torcido; otro tiene la espalda débil o jorobada.

13.2 Así también nacen hermafroditas, andróginos, es decir, hombres que poseen ambos sexos, masculino y femenino, y a veces carecen de ambos. De signos monstruosos como estos he observado muchos, tanto en varones como en mujeres, y todos han de considerarse signos monstruosos de pecados secretos de los padres.

13.3 De ahí ha nacido el viejo proverbio: “Cuanto más torcido, más malvado”; y también: “miembros cojos, obras cojas”. Son signos de vicios y rara vez denotan algo bueno.

14 Así como el verdugo marca a sus hijos con signos degradantes, así también los malos padres marcan a su prole con dañinos signos sobrenaturales, para que la gente sea más cauta cuando vea el ejemplo de hombres malvados que llevan los estigmas en la frente o en las mejillas, o en orejas, dedos, manos, ojos o lenguas defectuosos.

15 Cada uno de estos signos de infamia designa algún vicio particular. Si hay un estigma quemado en el rostro de una mujer, o si hay orejas cortadas, ello indica generalmente robo. La pérdida de dedos habla de jugadores

tramposos. La pérdida de una mano indica a los violadores de la paz. La de dos dedos señala el perjurio.

15.2 La pérdida de un ojo indica que esas personas cometen crímenes agudos y sutiles. El corte de la lengua designa a blasfemos y calumniadores. Así puedes reconocer a los llamados mamelucos, o negadores de la religión cristiana, por una cruz quemada en el talón, porque negaron a Cristo su Redentor.

16 Pero dejemos estas cosas y volvamos a los signos monstruosos producidos por padres malvados. Ha de saberse que no todos los signos monstruosos los produce solo el progenitor, sino que con frecuencia provienen también de los astros de la mente humana, que perpetuamente, en todo momento, con la Fantasía, la Estimación o la Imaginación, salen y se ponen como en el firmamento de arriba.

16.2 Por eso, a causa del miedo o del espanto de las embarazadas, nacen muchos monstruos, o niños signados con marcas de monstruosidad en el vientre de su madre. La causa primera de estas cosas es el sobresalto, el terror o el antojo, por los que se despierta la imaginación.

16.3 Si la mujer encinta empieza a imaginar, su seno gira en su movimiento como el firmamento superior, cada movimiento saliendo o poniéndose. Pues, como en el firmamento mayor, también los astros del microcosmos se mueven por la imaginación, hasta que se produce una especie de salto, en el cual los astros de la imaginación producen una influencia y una impresión en la embarazada, como si se imprimiera un sello o se acuñara una moneda.

16.4 De ahí que esos signos y lunares derivados de los astros inferiores se llamen “impresiones”. Sobre estas cosas muchos hombres han filosofado e intentado formarse un juicio sólido, sin lograrlo.

16.5 Pues estas cosas se adhieren al feto y se imprimen en él en la medida en que los astros de la madre presionan sobre él con frecuencia o con violencia, o en que el deseo de la madre no queda satisfecho.

17 Si la madre, por ejemplo, tiene antojo de tal o cual comida y no puede conseguirla, los astros quedan como sofocados en sí mismos y perecen. Ese deseo permanece en el niño por nacer durante toda su vida, de modo que es imposible satisfacerlo jamás. La misma razón explica también otras cosas que no debemos discutir aquí con demasiada extensión.

18 De los signos astrales en la fisiognomía del hombre.

19 Los signos de la fisiognomía tienen su origen en los astros superiores. Esta ciencia de la fisiognomía fue tenida en la más alta estima por nuestros antepasados, y en primer lugar por los paganos, tártaros, turcos y demás, cuya costumbre es vender hombres y esclavos; ni se perdió del todo entre los cristianos.

19.2 No obstante, muchos errores, que nadie había advertido aún, se introdujeron en ella cuando todo necio y todo patán se arrogó el juzgar de improviso sobre todo. Es asombroso que estos errores no se descubrieran por las malas acciones y los limitados poderes de esos mismos hombres.

20 Ahora bien, si alguien en este punto argumenta contra nosotros diciendo: “Los signos de la fisiognomía vienen de los astros, pero nadie tiene el poder de obligar o impulsar a los astros”, no habla mal. Pero desde el

principio ha de notarse esta diferencia: que los astros obligan a uno y no obligan a otro.

20.2 Debe saberse quién es el que puede regir y forzar a los astros, y también quién es gobernado por ellos. El sabio puede dominar a los astros y no les está sujeto. Más aún, los astros están sujetos al sabio y se ven obligados a obedecerle, no él a los astros.

20.3 Los astros obligan y fuerzan al hombre animal, de modo que adonde lo llevan tiene que seguir, como el ladrón a la horca, el salteador a la rueda, el pescador a los peces, el cazador de aves a las aves y el cazador a las fieras. ¿Qué otra razón hay para esto, sino que el hombre no se conoce ni se estima a sí mismo ni a sus propios poderes, ni reflexiona que es un universo menor y que tiene oculto dentro de sí todo el firmamento con sus poderes?

20.4 Así el hombre es llamado animal e insensato y esclavo de todas las cosas terrenas, cuando, no obstante, recibió de Dios en el Paraíso el privilegio de regir y dominar a todas las demás criaturas, y no de obedecerlas. Por eso Dios creó al hombre el último, cuando todas las demás cosas habían sido hechas antes que él. Este derecho se perdió después por la Caída.

20.5 Pero la sabiduría del hombre no quedó hecha servil, ni perdió él su libertad. Es justo, pues, que los astros lo sigan y le obedezcan, no él a los astros.

21 Y aunque sea hijo de Saturno, y Saturno sea su progenitor, aun así puede apartarse de él y vencerlo de tal modo que se convierta en vástago del Sol, y así someterse a otro planeta y hacerse hijo suyo. Le sucede de modo muy

parecido que al minero que durante largo tiempo ha alquilado su trabajo al dueño de las minas y ha llevado su sección con rectitud, con peligro de su vida.

21.2 Al fin se dice a sí mismo: "¿Vas a pasar toda tu vida bajo tierra y poner en peligro tu cuerpo, más aún, tu propia existencia, con trabajos continuos? Pediré que mi amo me libere y seguiré a otro, donde mi vida corra agradablemente, donde tenga comida y bebida en abundancia, donde mis vestidos brillen, donde se me dé poco trabajo y mucha recompensa, y donde no me oprima la montaña que pende sobre mí".

21.3 De este modo puede hacerse señor, donde de otro modo seguiría toda su vida siendo esclavo y asalariado, consumiéndose con duro trabajo y escaso alimento.

22 Además, así como ya has comprendido que el hombre rige a los astros y puede liberarse de un planeta maligno y someterse a otro mejor, pasar de la esclavitud a la libertad por la virtud y rescatarse de la prisión de un mal planeta, así también el hombre animal que es hijo del Sol, de Júpiter, de Venus o de Mercurio puede apartarse de ese planeta benigno y someterse a Saturno o a Marte.

22.2 Este hombre es como quien, huyendo de un colegio de religiosos y cansado de su vida blanda, se hace soldado, o en otros aspectos hombre sin estima, que después ha de pasar toda su vida en dolor y cuidados.

22.3 Tal es también el rico que, por pura ligereza, malgasta injustamente todos sus bienes jugando, banqueteando, en malas compañías, hasta que al fin, cuando todo se ha ido, cae en la necesidad y, en mísera lucha con una pobreza deshonrosa, provoca merecidamente la risa y el desprecio de todos, de modo que hasta a los muchachos en la calle les oyes decir: "Mira a ese

hombre sin valor que, pudiendo haber sido amo, despreció el dominio y prefirió ser esclavo, mendigo, siervo de siervos, de modo que ya no puede ni aspirar a su dominio".

22.4 A esto lo ha llevado un mal astro o un mal padre. Si no hubiera sido necio y malvado, no habría dejado a los astros un dominio tan indiscutido sobre sí, sino que habría luchado contra ellos.

23 Y aunque por sí mismo no hubiera sabido luchar contra sus astros, podría haber vuelto su mente al ejemplo de otros hombres, pensando así para sí: "¡Mira cuán rico era este hombre; pero por empresas necias y vergonzosas se hundió en la pura pobreza!".

23.2 Y también: "Este o aquel vivía espléndidamente y sin gran trabajo corporal; pero, aun teniendo buena comida y amplia paga, no supo soportar su buena fortuna. Ahora tiene que vivir frugal y miserablemente. En lugar de vino tiene que beber agua, y mientras su trabajo diario aumenta, sus ingresos disminuyen". ¡Cuántas veces tiene que decirse un hombre así: "¿Qué he hecho? ¿Cómo me he despeñado derrochando pródigamente la hacienda que había reunido y adquirido? ¿Quién me la devolverá?

23.3 Si tan solo pudiera recobrar lo perdido, empezaría un modo de vida muy distinto, y así aprendería sabiduría de mi propia pérdida y compensaría mis malas acciones con un consejo más sabio para el futuro"! Pero bueno es saber que nadie se hace sabio por su propia pérdida. Quien es sabio ha aprendido sabiduría de la pérdida ajena, no de la suya.

23.4 Quien ha malgastado su hacienda una vez, la malgastará de nuevo. Quien perece una vez, perece de nuevo. Quien una vez echa los dados, los volverá a echar. El hombre que una vez ha robado y burlado la horca in-

tenta robar por segunda vez. Y así piensa para sí: "Mi empresa ha salido bien una y otra vez; ¿por qué no ha de salir bien una tercera y una cuarta?

24 Si Dios ha restituido una vez lo que había perecido, lo restituirá una segunda y una tercera vez. Si en mi primera miseria no fui abandonado, tampoco lo seré en la segunda ni en la tercera". Todo esto hace el hombre animal, que es siervo y esclavo de los astros; que es llevado de acá para allá por los astros como una caña en las aguas.

24.2 Esta es la razón por la que tiene que pasar su vida en la miseria y morir así en la deshonra. ¿Quién, entonces, soportaría una esclavitud tan vergonzosa y no se libraría de una prisión tan inmunda? Pues aplicando su propia sabiduría, y con la ayuda de su astro, cualquiera puede liberarse.

24.3 Mira el asunto así: un cazador de aves que confía en su propia prudencia y, con la ayuda de su astro, vence a otro astro, no necesita perseguir a las aves, pues las aves lo seguirán y, aunque su naturaleza se rebele, volarán juntas a lugares desacostumbrados.

24.4 Del mismo modo, al pescador que está a sus anchas y confía en su sabiduría, los peces acudirán nadando por sí mismos, de modo que pueda atraparlos con las manos. El cazador que ejerce su sabiduría por medio de su astro reúne de tal modo a las fieras que no necesita perseguirlas; ellas lo persiguen a él, contra la guía y el impulso de la Naturaleza. Y así también con otras criaturas vivientes.

25 Para comprender estas cosas ha de recordarse que los astros son de dos clases, terrestres y celestes. Los primeros pertenecen a la necedad; los segundos, a la sabiduría. Y así como hay dos mundos, el menor y el mayor, y el menor rige al mayor, así también el Astro del Microcosmos gobierna y somete al astro celeste.

25.2 Dios no creó los planetas y los astros con la intención de que dominaran al hombre, sino para que, como las demás criaturas, le obedecieran y le sirvieran. Y aunque los astros superiores dan la inclinación y, por así decir, signan al hombre y a otros cuerpos terrenos según el modo de su nacimiento, ese poder y ese dominio no son nada, salvo un mandato y oficio predestinado, en el que no queda nada oculto ni abstruso, sino que la fuerza y el poder interiores se manifiestan por los signos externos.

26 Pero, volviendo a nuestra proposición sobre los signos físicos de los hombres, sabe que son de dos clases, semejantes en verdad en la forma exterior, pero desiguales en poder y efecto. Unos vienen de los astros superiores del cielo; otros, de los astros inferiores del microcosmos. Todo astro superior signa según el nacimiento hasta la mitad de la vida.

26.2 Esa signatura está predestinada y no carece de su propia fuerza peculiar. La atestiguan la naturaleza del hombre y su condición de vida. Pero todo lo que el astro inferior del microcosmos signa desde el nacimiento tiene su origen en el padre y la madre, cada vez que la madre, por su imaginación o antojo, su miedo o espanto, afecta al niño por nacer en su cuerpo con signos sobrenaturales por medio de su estrecho contacto.

26.3 Se llaman antojos o marcas uterinas. Ya hemos hablado de ellos antes, así que nos ahorramos el trabajo de repetirlo, pues nuestro propósito es tratar solo de los signos fisiognómicos, entre los cuales entendemos aquellos signos de los hombres semejantes a los cuales ni el padre ni la madre han llevado en su cuerpo.

26.4 De esta clase son los ojos negros o grises, demasiado pequeños o demasiado grandes; la nariz larga, torcida o puntiaguda; las mejillas hundidas, los pómulos altos, la nariz chata o ancha, las orejas pequeñas o grandes,

el cuello largo, la cara alargada, la boca grande y caída; el cabello espeso o fino, abundante o escaso, negro, rubio o rojo, etc.

26.5 De estos signos, si uno o más aparecen en un hombre, ten por seguro que no le faltarán las cualidades que significan.

27 Solo que debes juzgarlos según las reglas de la fisiognomía y haber tenido experiencia en el arte de la signatura, según el cual puedes juzgar a un hombre por los signos externos.

28 Descendiendo, pues, a la parte práctica de nuestro tema, repitamos algunos de estos signos y su significado.

29 Los ojos negros no solo denotan una constitución sana, sino también, por lo general, un ánimo constante, libre de duda y de miedo, sano y vigoroso, veraz y amante de la virtud.

30 Los ojos grises son signo de un hombre astuto, ambiguo e inconstante. Los ojos débiles denotan buenos consejos, deliberaciones hábiles y profundas, y así por el estilo. Los ojos brillantes, que se vuelven hacia arriba, hacia abajo y a ambos lados, denotan un hombre falso, hábil, que no se deja engañar, desleal, que rehúye el trabajo, deseoso de comodidad, que busca ganarse la vida en la pereza, con el juego, la usura, la impureza, el robo y cosas semejantes.

31 Los ojos pequeños, algo hundidos, indican vista débil y a menudo una ceguera inminente en la vejez. Al mismo tiempo denotan hombres valientes, belicosos, astutos y diestros, facciosos, capaces de soportar la desgracia, y cuya salida de la vida es, generalmente, de carácter trágico.

32 Los ojos grandes denotan un hombre codicioso y voraz, sobre todo si sobresalen mucho de la cabeza.

33 Los ojos que parpadean constantemente indican vista débil, un hombre tímido y cuidadoso. Los ojos que se mueven rápidamente de acá para allá bajo la mirada de los hombres indican un corazón enamoradizo, previsor y de rápida invención.

34 Los ojos continuamente bajos muestran un hombre reverente y modesto.

35 Los ojos rojos muestran un hombre audaz y valiente.

36 Los ojos centelleantes, que no se mueven con facilidad, señalan a un héroe, un hombre magnánimo, valiente, rápido, temible para sus enemigos.

37 Las orejas grandes indican buen oído, memoria retentiva, atención, diligencia, cerebro y cabeza sanos.

38 Las orejas hundidas son mal signo. Por lo general señalan un hombre malicioso, fraudulento e injusto. Indican mal oído, memoria traicionera y un hombre que se expone fácilmente al peligro.

39 La nariz larga y curvada hacia abajo es buen signo. Denota un hombre esforzado, previsor, reservado y cruel, pero aun así justo.

40 La nariz chata indica un hombre maligno, falso, lujurioso, mentiroso, inconstante.

41 La nariz puntiaguda indica una persona mudable, dada a la burla.

42 La nariz larga muestra un hombre lento en los negocios, pero de buen olor.

43 Las mejillas hundidas denotan una persona habladora, despectiva, pendenciera.

44 La barbilla alargada, con la cara larga, muestra un hombre irritable, lento en su trabajo.

45 La barbilla partida muestra un hombre fiel, oficioso, de habla abstrusa y variada; un hombre que dice una cosa y piensa otra; pronto a la ira, pero que se arrepiente de su arrebato; ingenioso e inventivo.

46 La boca grande y ancha muestra un hombre glotón, insípido, fatuo, desvergonzado y sin miedo. La boca pequeña indica lo contrario.

47 Los labios apretados, cuando el superior es mayor que el inferior, muestran un hombre irritable, pendenciero, valeroso; pero por lo general de carácter pesado e impúdico, como un cerdo.

48 Los labios más grandes abajo muestran una persona torpe, estúpida y lenta.

49 En cuanto al cabello de la cabeza o de la barba, los signos no son muy claros, pues la experiencia nos enseña que puede variarse maravillosamente, según sea negro, rubio, rojo o blanco, y cano, o rizado. Así también el cabello se vuelve blando o duro según el gusto de cada cual.

49.2 De ahí que muchas personas, por lo demás bien versadas en la ciencia fisiognómica, se engañen lamentablemente cuando juzgan a la ligera por el cabello, imputando a los astros lo que más bien debería atribuirse a los hombres. Aun así, no puede negarse que el cabello firmemente asentado en la cabeza muestra buena salud, tanto de la cabeza como de todo el cuerpo.

49.3 Por eso los que compran caballos les tiran de la cola para juzgar su sanidad. Así se juzga a los cerdos por sus cerdas, a los peces por sus aletas y escamas, al ave por sus plumas, y así sucesivamente.

50 Si el cuello es inusualmente largo, sobrepasando los límites de la Naturaleza, denota un hombre cuidadoso, prudente y atento.

51 Los hombros y la espalda anchos muestran un hombre fuerte para cargar y mover cosas. Los brazos musculosos muestran también un hombre fuerte y robusto para golpear, empujar, arrojar y cosas semejantes.

52 Las manos duras revelan un hombre laborioso y asalariado; las manos blandas, lo contrario.

53 El cuerpo corto y las piernas largas denotan un buen corredor, que se contenta fácilmente con la comida y la bebida, pero generalmente un hombre de vida algo corta.

54 Las venas grandes y visibles en un hombre de menos de media edad significan que está lleno de sangre y de humores corporales; pero pasada la media edad denotan un hombre enfermizo, aunque todavía vivaz.

55 En cuanto a los modales y los gestos, no se puede conocer ni juzgar tan fácilmente a un hombre por ellos. La experiencia nos enseña que pueden cambiarse a cada momento, de modo que engañen al signador y lo lleven a un juicio erróneo.

56 Esto es lo que los astrónomos no han observado hasta ahora con suficiente exactitud. La tarea del signador no es mirar siempre los modales y las acciones, sino más bien otros signos corporales que son fijos y que con ningún artificio pueden falsificarse ni cambiarse.

56.2 Pues si el cabello rojo, el movimiento de la frente y de las cejas, la frecuente agitación de la boca, el paso firme y deliberado y el ánimo ligero indicaran por necesidad un hombre generoso, activo, o un soldado, cualquiera podría fácilmente mostrarse tal por su propia actividad, y así salir

mejor parado al ser puesto a prueba y exigir mayor paga; y del mismo modo habría que juzgar otros modales que denotan sabiduría, necedad, verdad, falsedad, fortuna, victoria y lo demás.

57 De los signos astrales o quiromancia.

58 Sobre los signos de la quiromancia ha de sostenerse que surgen de los astros superiores de los siete planetas, y todos ellos deben aprenderse y juzgarse a partir de los siete planetas.

58.2 Ahora bien, la quiromancia es una ciencia que no solo inspecciona las manos de los hombres y juzga por sus líneas y arrugas, sino que además considera todas las hierbas, maderas, pedernales, tierras y ríos; en una palabra, todo lo que tiene líneas, venas y arrugas. Pero tampoco esta ciencia está libre de errores, que los astrónomos le han imputado.

58.3 Pues han asignado los dedos de ambas manos a los planetas y a los astros principales, cuando, no obstante, en una mano hay solo cinco dedos y en ambas diez, mientras que los planetas son solo siete. ¿Cómo pueden hacerse concordar estas cosas? Si hubiera siete dedos en cada mano, entonces quizá podría asignarse un dedo a cada planeta.

58.4 Ocurre, en verdad, muy a menudo que un hombre tiene solo siete dedos en sus dos manos, habiendo perdido los demás por algún accidente. Pero aun así quedan los muñones y, además, esas personas no nacieron así, de modo que este asunto no viene al caso aquí.

58.5 Además, si ocurriera que un hombre naciera con siete dedos en una mano o en ambas, eso sería un nacimiento monstruoso, no conforme a la Naturaleza, y por tanto no ha de atribuirse a los astros. Así que tampoco aquí puede establecerse comparación.

59 Habría sido mejor, pues, que los planetas echaran suertes y vieran cuáles dos debían retirarse. Esto, sin embargo, no pudo hacerse, porque los planetas no tenían dados ni suertes allá arriba en el firmamento; así que uno se pregunta quién se arrogó repartir los planetas por nombre, dando el pulgar a Venus, el índice a Júpiter, el dedo medio a Saturno, el anular o medicus al Sol y el meñique a Mercurio.

59.2 Entretanto, Marte y la Luna quedaron, por así decir, desterrados. ¿Se sorprendería alguien, entonces, si con justa indignación Marte mandara a sus hijos matar a ese repartidor, o mantener con él una contienda continua; o quién se extrañaría si la Luna le debilitara el cerebro o le quitara del todo el juicio? Y este es el primer error que decimos que se ha cometido en la quiromancia.

60 El segundo error es este. Sucede a menudo que las líneas naturales originales de las manos se cambian por heridas o accidentes fortuitos, o se hacen mayores o menores, o aparecen en otros lugares. Es como si un camino quedara bloqueado por algún obstáculo, o cubierto por una montaña que cayera sobre él, o destruido por una inundación. Los hombres harían otro camino junto a él.

60.2 Así ocurre con las viejas líneas de la mano. A veces, cuando se han curado heridas o úlceras, con la carne nueva nacen líneas nuevas y las viejas quedan borradas del todo. Del mismo modo, con el trabajo duro las líneas se borran, o las que había originalmente se agrandan. Entonces sucede lo mismo que con los árboles.

60.3 Si el árbol que crece echa muchas hojas, se cortan varias de ellas y el árbol aumenta de tamaño.

61 Y ahora pasemos a la parte práctica de esta ciencia de la quiromancia, y expongamos en pocas palabras nuestra opinión. Quiero que sepas que, en lo que toca a las manos, no cambio nada en ello, sino que me conformo con las observaciones y descripciones de los antiguos.

61.2 Pero en esta quiromancia práctica me he propuesto escribir solo de aquellas cosas que los antiguos no mencionaron, como la quiromancia de las hierbas, las maderas, las piedras y cosas semejantes. Y primero ha de advertirse que todas las hierbas, de cualquier clase que sean, pertenecen a una y la misma quiromancia.

61.3 Si sus líneas son desiguales y aparecen mayores o menores en unas que en otras, esto se debe a su edad. Declaramos expresamente que la quiromancia de las hierbas no confiere otra ventaja que la de permitirnos conocer la edad de cualquier hierba o raíz.

62 Alguien podrá argumentar y afirmar que ninguna hierba, mientras está unida a su raíz, puede tener más de cuatro o a lo sumo cinco meses, es decir, contando de mayo al otoño, después de lo cual toda hierba perece y se desprende de su raíz.

62.2 A esto respondo que en la raíz existe una virtud única, que es la primera esencia y el espíritu de la hierba, de la cual la hierba nace y se sostiene hasta su tiempo predestinado, y así es exaltada hasta la producción de la semilla. Y este es el signo o indicio de que la virtud vuelve otra vez a la raíz, y así la hierba se marchita.

62.3 Pero mientras ese espíritu, que es la fuerza suprema de la hierba, permanece en la raíz, cada año esa hierba se renueva, a menos que suceda que el espíritu sea quitado y se marchite junto con la hierba. Entonces para esa hierba no hay renovación. La raíz está muerta y ya no tiene vida en sí.

62.4 Pero cómo ese espíritu es quitado con la hierba de la raíz, o con la raíz de la tierra, de modo que su virtud vuelva a la raíz, o de la raíz a la tierra, no debe discutirse en este lugar. Es un sublime misterio de la Naturaleza, que no ha de exponerse en beneficio de médicos sofistas, para quienes tales secretos no solo son motivo de burla, sino causa de desprecio.

62.5 Lo que aquí omitimos lo daremos en el Herbario. Cuanto más jóvenes y menos cargadas de años son las hierbas, más sobresalen en su fuerza y sus facultades.

63 Pues así como el hombre se debilita con la vejez y le fallan sus fuerzas naturales, así sucede también con las hierbas.

64 Pero para saber cuál es la quiromancia y cuál la edad de las hierbas y cuerpos semejantes, se requiere larga experiencia, pues el número de años no está escrito en ellas, sino que ha de adivinarse únicamente por la quiromancia, como hemos dicho.

64.2 Ahora bien, la quiromancia no proporciona números, ni letras, ni caracteres, sino solo líneas, venas y arrugas como medio de contar la edad. Cuanto más vieja es una cosa, mayores y más visibles son las líneas que muestra, y menos activas son su virtud y su operación.

64.3 Pues así como una enfermedad de un mes o un año se cura más fácilmente que una de dos, tres, cuatro o cinco meses o años, así una hierba de un año cura su enfermedad más rápidamente que una de dos o tres años. Y por esto, para males viejos deben darse hierbas jóvenes y de menos años, pero para dolencias recientes deben administrarse hierbas y medicinas viejas.

64.4 Pues si se junta lo viejo con lo viejo, el ciego guía al ciego y ambos caen en el hoyo. Esta es la razón por la que muchas medicinas no obran. Están en el cuerpo y llenan los miembros, pero solo como el barro se pega a los zapatos. Por eso las enfermedades con frecuencia se duplican.

65 He aquí una cuestión que hasta ahora nunca han pensado los sofistas inexpertos, mientras por su ignorancia han perdido más pacientes de los que curaron. Lo primero que vosotros, médicos, debéis saber es que la medicina debe ser siempre más joven que la enfermedad, para que pueda vencerla y sea más fuerte para expulsarla.

65.2 Si la medicina es más poderosa que la enfermedad, la enfermedad será expulsada, como el fuego es apagado por el agua. Si la enfermedad es más poderosa que la medicina, esa medicina se convierte en veneno, y después las enfermedades se redoblan y se agravan. Así, si la enfermedad es de hierro, la medicina debe ser de acero. El acero no puede ser vencido por el hierro. El más poderoso vence; el más débil es sometido.

66 Así pues, aunque no formaba parte de mi plan original escribir en este lugar nada sobre medicina, aun así, por amor de los médicos verdaderos y genuinos, no pude pasar en silencio estas cosas.

67 De los signos minerales. Los minerales y los metales, aparte del fuego y de la materia seca, muestran sus indicios y signos, que han recibido a la vez del Arqueo y de los astros superiores, y cada uno revela su género por diferencias de color y de tierra. El mineral de oro difiere del mineral de plata. Así el mineral de plata difiere del mineral de cobre.

67.2 El mineral de cobre difiere del mineral de hierro. Así también el de hierro del de estaño y del de plomo. Y así con los demás. Nadie puede negar, pues, que por medio de la quiromancia todos los minerales y cuerpos

metálicos de las minas, que yacen ocultos en lugares secretos de la tierra, pueden conocerse por sus signos externos.

67.3 Esa es la quiromancia de las minas, vetas y filones, por la cual no solo se sacan a luz las cosas que están ocultas dentro, sino que también se manifiestan la profundidad y riqueza exactas de la mina y el rendimiento de metal.

67.4 Ahora bien, en esta quiromancia es necesario conocer tres cosas: la edad, la profundidad y la anchura de las vetas, como se dijo hace poco en el caso de las hierbas. Pues cuanto más viejas son sus vetas, más rica y abundante en metales es la mina. Sobre este punto podría razonarse que todos los metales, mientras permanecen en su matriz, crecen continuamente.

67.5 De donde queda claro también que cualquier cosa que crece, aun puesta fuera de su matriz, no puede menguar, sino que entonces aumenta, es decir, se multiplica, y sigue creciendo en sustancia, medida y peso hasta su tiempo predestinado.

68 Este tiempo predestinado es una tercera parte de la edad destinada de todos los minerales, vegetales y animales, que son los tres géneros principales de todas las cosas terrestres. Lo que todavía está en su matriz crece hasta que muere la matriz misma. Pues hay un período predestinado de vivir y morir, aun para la matriz, con tal que esté sujeta a los elementos externos.

68.2 Lo que no está así sujeto no tiene período ni término distinto del que tienen los propios elementos, junto con los cuales perecerá en el último día, que es el fin de esos elementos. De ahí se sigue que todas las cosas que están bajo la tierra están sujetas a los elementos en el menor grado posible.

68.3 Pues no sienten ni calor ni frío, ni humedad ni sequía, ni viento ni aire, por los que puedan ser destruidas. Los cuerpos así situados, por tanto, no pueden descomponerse, ni cogen herrumbre y corrupción, ni perecen, mientras permanecen bajo la tierra en su propio caos.

68.4 Esto se refiere hasta aquí a los metales y las piedras, pero se aplica también a los hombres, muchos de los cuales se han mantenido cien años en cuevas de montaña, como hicieron los gigantes y los pigmeos, sobre cada uno de los cuales he escrito un libro. Siguiendo, pues, nuestro presente propósito, paso a una brevísima exposición práctica sobre la quiromancia de las minas.

68.5 Cuanto más profundas y anchas son las vetas, más viejas se sabe que son. Cuando los tramos de las vetas se extienden a muy larga distancia y luego se abren, es mal signo.

69 Pues así como se abren los cursos de las vetas, así se abren las minas mismas, lo cual indican por su profundidad. Aunque a veces se hallan buenas minas con un descenso muy profundo, por lo general se desvanecen cada vez más, de modo que no pueden trabajarse sin gran gasto de esfuerzo.

69.2 Pero donde esas vetas se ven aumentadas por otras accesorias, o de cualquier otro modo se cortan con frecuencia, es un signo afortunado, que indica que las minas son buenas no solo en la superficie, sino que aumentan en profundidad y se multiplican, de modo que se vuelven minas ricas y dan un tesoro abundantísimo.

70 No está del todo fuera de lugar que muchos metalurgistas alaben las minas cuyo curso va derecho hacia abajo y que se inclinan de oriente a occidente. Pero el razonamiento y la experiencia en las minas mismas nos enseñan también que muy con frecuencia las vetas que se extienden de occi-

dente a oriente, o de sur a norte, o, al contrario, de norte a sur, abundan en metal no menos que las otras. Ninguna veta, pues, ha de preferirse a otra, ni hace falta discutir más este punto.

71 Luego, en cuanto a los signos que atañen a los colores de los minerales y de la tierra interior, puede despachárselos brevemente. Cuando los mineros dan con un suelo arcilloso del que sale una veta de metal puro y fresco, es muy buen signo, que indica que el metal del que esta es veta ya no está lejos.

72 Del mismo modo, si la tierra que se excava carece en verdad de metal, pero es grasa y de color blanco, negro, arcilloso, rojo, verde o azul, también eso es signo favorable de que allí yace oculto buen metal. Entonces la obra comenzada debe proseguirse con brío y no hacer pausa en la excavación.

72.2 Los metalurgistas atienden especialmente a los colores brillantes, relucientes y primarios, como son la tierra verde o crisocola, el verde de cobre, el lazurio, el cinabrio, la sandáraca, el oropimente, el litargirio de oro y de plata, etc. Casi cada uno de estos señala algún metal y mineral especial.

72.3 El verde de cobre, la crisocola y la tierra verde indican generalmente cobre. Así también el lazurio, o arsénico blanco, o litargirio de plata, señalan metal de cobre. Así el cinabrio y la sandáraca señalan a veces oro, a veces plata, o los dos juntos en combinación. Del mismo modo, el oropimente, el azufre rojo o el litargirio de oro presagian por lo general oro.

72.4 Así también, cuando se hallan mezclados y combinados la crisocola con el lazurio, o el lazurio con la crisocola y el oropimente, suelen indicarse minerales excelentes y ricos. Cuando se ven piedras y tierras de color ferruginoso, designan ciertamente mineral de hierro.

73 Ha de advertirse que a veces sucede que el Arqueo de la tierra en ocasiones expulsa y, por así decir, eructa desde la tierra inferior algún metal por una madriguera oculta. Es buen signo cuando aparece. Los excavadores, por tanto, no deben aflojar sus trabajos ante una esperanza tan segura y notable de metal oculto. Si, además, un ligero follaje metálico, como el talco, se adhiere a las piedras o rocas, es signo seguro y bueno.

74 Luego, en cuanto a las coruscaciones. Estas deben observarse con cuidado y atención. Son signos certísimos de que existen filones de algún metal particular, y también de su extensión y de esa clase especial de metal. Aquí también ha de advertirse que los metales de esta clase aún no han llegado a perfecta madurez, sino que están todavía en su primera esencia. En cualquier dirección que se extienda la coruscación, en esa dirección se extiende también el filón metálico.

75 Luego, ha de saberse también que la coruscación es de tres colores, a saber, blanco, amarillo y rojo, como, por ejemplo, la Luna blanca. De este modo se reconocen todos los metales que nos indican. Una coruscación blanca señala metales blancos, como estaño, plomo, plata. Una coruscación roja denota metales rojos, como cobre y hierro.

75.2 Una coruscación amarilla revela metales áureos. Añádase a esto que una coruscación ligera y sutil constituye el mejor signo. Es como ves en el caso de los árboles: donde hay menos flores, obtienes mejor fruto. Así también, las coruscaciones pequeñas y sutiles indican metales sutiles y excelentes, y viceversa.

75.3 Además de esto, ha de saberse que mientras aparecen estos fulgores, sean grandes o pequeños, de este color o de aquel, el metal no es todavía perfecto ni maduro en su mena, sino que existe aún en su primera esencia,

como el esperma del hombre en la matriz de la mujer.

76 Expliquemos ahora qué es esta coruscación. Aparece a veces durante la noche en las minas como un fuego centelleante, igual que la pólvora, esparcida en un largo reguero y encendida por un extremo, muestra un fuego prolongado.

76.2 Del mismo modo, esta coruscación o centelleo es llevada a lo largo de su propio trayecto, a veces de oriente a occidente o, al contrario, de occidente a oriente, de sur a norte o viceversa.

76.3 Y así, una línea recta trazada desde cualquier hora o parte del mapa de la montaña hacia la hora opuesta más cercana divide en dos partes el mapa, que está dividido en veinticuatro horas o partes.

77 Todas estas coruscaciones, cuando aparecen, dan indicios fidedignísimos de filones metálicos, de modo que por ellas pueden reconocerse también los metales como dones ciertos de Dios que salen de la tierra. Pues todo lo que Dios ha creado para uso de los hombres lo ha puesto en manos del hombre como propiedad, para que no permanezca oculto.

77.2 Y aunque lo ha creado oculto, ha añadido estos signos externos particulares que conducen a la investigación. Aquí debe reconocerse su maravillosa predestinación. Del mismo modo los hombres mismos, si entierran un tesoro, marcan el lugar añadiendo algunos signos seguros.

77.3 Lo entierran junto a mojones, o estatuas, o fuentes, o algún otro objeto, para que, si es necesario, ellos mismos puedan hallarlo de nuevo y desenterrarlo. Los antiguos caldeos y griegos, si en tiempo de guerra temían asedio y destierro, enterraban sus tesoros y solo marcaban el lugar proponiéndose cierto día, hora y minuto fijos del año.

77.4 Esperaban hasta que el sol o la luna proyectaran allí una sombra, y en ese sitio escondían o enterraban sus tesoros. A este arte lo llamaban Esciomancia o Arte de las Sombras. De estos estudios de las sombras surgieron muchas artes y se revelaron muchas cosas ocultas, como, por ejemplo, los métodos por los que podían distinguirse todos los espíritus y cuerpos siderales. Estos son los infalibles signos cabalísticos, y deben observarse con cuidado.

78 Debéis tener especial cuidado, sin embargo, de no dejaros seducir por adivinaciones obtenidas mediante artes inciertas. Son vanas y engañosas; y entre las primeras están las varillas de zahorí, que han engañado a muchos mineros. Si una vez aciertan, engañan diez o veinte veces.

78.2 Del mismo modo, no ha de ponerse confianza en otros signos engañosos del diablo, que aparecen de noche o a horas intempestivas, fuera del curso de la Naturaleza, como son los espectros, las visiones y cosas semejantes. Tened por seguro que el diablo da estos signos solo por fraude y con intención de engañaros.

78.3 Nunca se edifica un templo donde el diablo no tenga su capilla; ni una capilla donde no tenga su altar. Nunca se siembra buena semilla sin que él siembre cizaña junto con ella. Ese es el sentido de las visiones y apariciones sobrenaturales, el mismo en todas, sea en cristales, espejos, aguas o cosas semejantes.

78.4 Los nigromantes ceremoniales han abusado vergonzosamente de este modo del mandamiento de Dios y de la luz misma de la Naturaleza. Sin embargo, las visiones no han de rechazarse del todo. Tienen su lugar, pero solo cuando se producen por un método distinto. Ya no vivimos en la primera generación, sino en la segunda.

78.5 Por nosotros los cristianos, pues, en nuestro estado regenerado, ya no deben usarse ceremonias y conjuros como los usaban los antiguos en el Antiguo Testamento, pues esas gentes vivían en la primera generación. Aquellos hombres fueron prefiguraciones para nosotros, que habíamos de vivir bajo el Nuevo Testamento.

79 Todo lo que, por tanto, los antiguos, bajo el Antiguo Testamento o primera generación, lograban por medio de ceremonias y conjuros, todas esas cosas nosotros los cristianos, que pertenecemos a la segunda generación y vivimos bajo el Nuevo Testamento, debemos obtenerlas por la oración, es decir, debemos buscarlas en fe orando, llamando y pidiendo.

79.2 En estos tres puntos primarios consiste todo el fundamento de la ciencia mágica y cabalística, por la cual podemos obtener todo lo que deseamos, de modo que para nosotros, como cristianos, nada sea imposible. Pero como he escrito mucho sobre esto en el libro de las Visiones y en otras instituciones cabalísticas, me abstengo de repetirlo aquí.

79.3 Mira cuán maravillosamente, en su amor por nosotros, Cristo, el Hijo de Dios, obra en nosotros, cristianos fieles, por medio de sus ángeles, y cuán fraternalmente se asocia con nosotros. Somos verdaderos ángeles y miembros de Cristo, pues Él es nuestra cabeza, es decir, vive en nosotros, para que así vivamos en Él, como se enseña en los libros sobre la Cena del Señor.

79.4 Pero, volviendo a nuestro tema de los signos minerales, y especialmente a las coruscaciones de las vetas metálicas, sabe que así como todos los metales que están todavía en su primera esencia muestran sus coruscaciones, es decir, sus signos, así también la Tintura de los Filósofos, que

transmuta todos los metales imperfectos en buena plata u oro (los metales blancos en plata, los rojos en oro), quita todos estos signos particulares, como las coruscaciones, si está astralmente perfeccionada y preparada.

80 Pues en cuanto se arroja un pequeño bocado de ella en el metal fundido, de modo que ambos se encuentren en el fuego, surge una coruscación o brillo natural, igual que el oro o la plata finos relampaguean en la cuba o el vaso, lo cual es signo de que ese oro o esa plata están libres y purificados de toda mezcla de otros metales.

80.2 Pero cómo se vuelve astral nuestra Tintura Filosófica es cosa que debe aprenderse. Todo metal, mientras yace oculto en su primera esencia, tiene sus propios astros peculiares.

80.3 El oro tiene los astros del sol; la plata, los astros de la luna; el cobre, los astros de Venus; el hierro, los astros de Marte; el estaño, los astros de Júpiter; el plomo, los astros de Saturno; el azogue, los astros de Mercurio.

80.4 Pero en cuanto han llegado a su perfección y se han coagulado en un cuerpo metálico fijo, sus astros se retiran de cada uno de ellos y dejan su cuerpo muerto. De ahí se sigue que todos los cuerpos por igual están muertos e ineficaces, y que el astro invicto de los metales los somete a todos, los convierte en su propia naturaleza y así los hace a todos astrales.

80.5 Por esta razón, nuestro oro y nuestra plata, teñidos y preparados con nuestra tintura, son mucho más nobles y excelentes para la composición de arcanos medicinales que el oro mismo que la Naturaleza genera en las minas y después separa de otros metales. Así también el Mercurius corporal, hecho astralmente de otro metal, es mucho más noble y más fijo que el mercurio común. Del mismo modo puedes juzgar de los otros metales.

81 Afirmo, por tanto, que todo alquimista que tiene el astro del oro convierte en oro todos los metales rojos al teñirlos. Así, por el astro de la plata, todos los metales blancos se convierten en plata; por el astro del cobre, en cobre; por el astro del azogue, en Mercurio corporal; y así con los demás. Cómo se preparan todos estos astros por el arte espagírico no forma parte de nuestro presente propósito declararlo. La explicación pertenece al libro de la Transmutación de los Metales.

82 En lo que toca a los verdaderos signos de estos, quiero que sepas que nuestra tintura roja, que contiene en sí los astros del oro, es de una sustancia fija por encima de toda consistencia, de penetración rapidísima y de rojez profundísima; su polvo recuerda el color del azafrán, y todo su cuerpo, el del rubí. Su tintura es fusible como la resina, clara como el cristal, quebradiza como el vidrio, pero de peso muy grande.

83 La tintura blanca, que contiene los astros de la Luna, es del mismo modo de sustancia fija, de incremento inmutable, de blancura consumada, fluida como la resina, clara como el cristal, quebradiza como el vidrio, de peso como el diamante. El astro del cobre es de un color cetrino supremo, como la esmeralda, fusible como la resina y mucho más pesado que su propio metal.

84 El astro del estaño es blanco y fluye como la resina, algo oscuro y teñido de un color arcilloso. El astro del hierro es de notable rojez, claro como el granatum, fusible como la resina, quebradizo como el vidrio, de sustancia fija y mucho más pesado que su propio metal.

84.2 El astro del plomo es como el cobalto, negro pero transparente, fluido como la resina, quebradizo como el vidrio, igual al oro en peso, más pesado que el otro plomo.

84.3 El astro del azogue es de color blanco y reluciente, como la nieve en una helada profunda, muy sutil, penetrante y de agudeza corrosiva, claro como el cristal, fácil de fundir como la resina, muy frío al tacto pero extremadamente cálido dentro del fuego, volátil además, y de una sustancia que huye fácilmente ante el fuego.

85 Por esta descripción conocerás los astros de los metales, y entenderás que para la preparación de cualquiera de las dos tinturas, la roja o la blanca, debes tomar al principio no el cuerpo del oro o de la Luna, sino la primera esencia del oro o de la Luna. Si se comete un error al comienzo, toda la obra y el trabajo posteriores se perderán.

86 Además, este hecho se aplica a los metales: que cada uno de ellos en el fuego muestra algún signo peculiar por el cual puede reconocerse. Entre estos están las chispas, las llamas, el brillo, los colores del fuego, el olor, el sabor, etc. Por ejemplo, en la reverberación del oro o de la plata, el signo genuino es un brillo sobre el vaso o la cuba.

86.2 Cuando aparece, es seguro que el plomo y los otros metales accesorios han desaparecido en los humos, y así el oro y la plata quedan enteramente purificados. El hierro que se funde por completo en el horno despide chispas límpidas y claras que se elevan a lo alto. En cuanto aparecen, si el hierro no se retira enseguida del fuego, se quemará como la paja.

87 Del mismo modo, todo cuerpo terreno muestra en el fuego sus propios signos peculiares y distintos, según tenga Mercurio, azufre o sal, y cuál de estos tres principios tenga en mayor cantidad. Si humea antes de estallar en llama, es signo de que contiene más Mercurio que azufre.

87.2 Si, por el contrario, arde con llama y flamea sin humo alguno, es signo de que dentro de él se esconde bastante azufre y nada de Mercurio, o muy poco. Esto lo ves suceder con las sustancias grasas, como la grasa misma, el aceite, la resina y cosas semejantes. Pero si sin llama alguna nada sale sino humos, es signo de que hay en ello mucho Mercurio y muy poco azufre.

87.3 Esto lo ves suceder con las hierbas, las flores y cosas semejantes; y también con otras sustancias vegetales y cuerpos volátiles, como los minerales y metales que están todavía en su primera esencia y aún no mezclados con azufre corpóreo. Estos despiden solo humo y ninguna llama.

88 Los minerales y metales que en el fuego no despiden ni humo ni llama, es decir, ni humareda ni llamarada, muestran una mezcla igual de Mercurio y azufre, y una fijeza y perfección por encima de toda consistencia.

89 De ciertos signos particulares de las cosas naturales y sobrenaturales.

90 Debemos ahora, a su debido tiempo, hablar de algunos signos peculiares sobre los cuales nada se ha transmitido hasta ahora. En este tratado será muy necesario que vosotros, que os jactáis de vuestra destreza en la ciencia de las signaturas y que queréis también ser llamados signadores, entendáis bien lo que decimos. En este lugar no vamos a hablar teóricamente, sino prácticamente, y expondremos nuestra opinión, encerrada en las menos palabras posibles, para vuestra comprensión.

91 Ante todo, sabed que el arte signatorio enseña a dar nombres verdaderos y genuinos a todas las cosas. Todos ellos los entendió verdadera y completamente Adán, el Protoplasto.

91.2 Por eso, después de la Creación, dio a cada cosa su propio nombre: a los animales, árboles, raíces, piedras, minerales, metales, aguas y cosas semejantes, así como a otros frutos de la tierra, del agua, del aire y del fuego. Los nombres que les impuso fueron ratificados y confirmados por Dios.

91.3 Ahora bien, estos nombres se basaban en un fundamento verdadero e íntimo, no en la mera opinión, y derivaban de un conocimiento predestinado, es decir, del arte signatorio. Adán es el primer signador.

92 En verdad, no puede negarse que también de la lengua hebrea brotan nombres genuinos, que se dan a cada cosa según su naturaleza y condición. Los nombres que se dan en la lengua hebrea indican, por el mero hecho de darse, la virtud, el poder y la propiedad de la cosa misma a la que pertenecen.

92.2 Así, cuando decimos: "Esto es un cerdo, un caballo, una vaca, un oso, un perro, un zorro, una oveja, etc.", el nombre de cerdo indica un animal sucio e impuro.

92.3 Caballo indica un animal fuerte y paciente; vaca, uno voraz e insaciable; oso, un animal fuerte, victorioso e indómito; zorro, un animal astuto y taimado; perro, uno desleal por naturaleza; oveja, uno plácido y útil, que no daña a nadie.

92.4 De ahí que a veces a un hombre se le llame cerdo por su vida sórdida y cochina; caballo, por su resistencia, en la que sobresale por encima de todo; vaca, porque nunca se cansa de comer y beber, y su estómago no conoce moderación; oso, porque es más grande y más fuerte que los demás; zorro, porque es versátil y astuto, se acomoda a todos y no ofende fácil-

mente a nadie; perro, porque no es fiel a nada más allá de su propia boca, y se muestra intratable y desleal con todos; u oveja, porque no daña a nadie sino a sí mismo, y es de más provecho para cualquier otro que para sí.

93 Del mismo modo, muchas hierbas y raíces han obtenido sus nombres. Así la eufrasia o herba ocularis se llama así porque cura los ojos enfermos. La hierba sanguinaria se llama así porque es mejor que todas las demás para detener la sangre. La escrofularia (chelidonium minus) se llama así porque cura las almorranas mejor que cualquier otra hierba.

93.2 Y así con muchas otras hierbas, de las que podría citar un número enorme, todas las cuales recibieron su nombre por su virtud y facultad, como he mostrado con más extensión en mi Herbario.

94 Luego, además, muchas hierbas y raíces recibieron sus nombres no por una sola virtud y facultad innata, sino también por su figura, forma y apariencia, como el Morsus Diaboli, Pentaphyllum, Cynoglossum, Ophioglossum, Hippuris, Hepatica, Buglosum, Dentaria, Calcatrippa (consolida regalis), Perforata, Satyrion u Orchis, Victorialis, Syderica, Perfoliata, Prunella, el heliotropo y muchas otras que no hace falta enumerar aquí, sino por separado en el Herbario.

95 Lo mismo vale para los signos de las materias animales, porque, del mismo modo, por la sangre y su circulación, por la orina y su circulación, se reconocen todas las enfermedades que yacen ocultas en los hombres. Por el hígado de un animal sacrificado puede juzgarse toda su carne, si es apta para comer o no.

95.2 Pues si el hígado no es limpio y de color rojo, sino lívido y amarillo, áspero y perforado, se infiere que el animal estaba enfermo y que, por eso, su carne es malsana. No es de maravillar que el hígado indique esto por sig-

nos naturales. El origen de la sangre está en el hígado, y de allí fluye por las venas a todo el cuerpo y se coagula en carne.

95.3 Por esta razón, de un hígado enfermizo y mal dispuesto no puede producirse sangre sana y fresca, así como de sangre mórbida no puede coagularse carne sana. Pero, aun así, incluso sin el hígado pueden distinguirse la carne y la sangre. Si ambas están sanas, tienen su color verdadero y natural, que es purpúreo y brillante, sin color extraño, como amarillo o lívido. Estos colores extraños indican siempre enfermedad y dolencia.

96 Pero, además, hay otros signos dignos de nuestra admiración, cuando, por ejemplo, el Arqueo es el signador y significa en el cordón umbilical del feto, por medio de nudos, cuántos hijos ha tenido o tendrá la madre.

97 El mismo signador signa los cuernos del ciervo con ramas por las que se conoce su edad. Cuantas ramas tienen los cuernos, tantos años tiene el ciervo. Como cada año se añade una rama nueva al cuerno, la edad del ciervo puede fijarse en veinte o treinta años.

98 Así también el signador marca los cuernos de la vaca con anillos por los que se sabe cuántos terneros ha parido. Cada anillo indica un ternero.

99 El mismo signador empuja hacia fuera los primeros dientes del caballo, de modo que durante los primeros siete años su edad puede conocerse con certeza por sus dientes. Cuando el caballo nace tiene catorce dientes, de los cuales muda dos cada año, así que en siete años se le caen todos. Por esta razón, un caballo de más de siete años solo puede juzgarlo quien sea muy hábil y experto.

100 El mismo signador marca el pico y las garras del ave con signos particulares, de modo que todo cazador de aves experto puede juzgar su edad por ellos.

101 El mismo signador marca la lengua de los cerdos con ampollas, por las que puede conocerse su impureza. Si la lengua está sucia, también lo está todo el cuerpo.

102 El mismo signador marca las nubes con diferentes colores, por los que pueden pronosticarse las tempestades del cielo.

103 Así también signa el círculo de la luna con colores distintos, cada uno de los cuales tiene su propia interpretación especial. La rojez indica generalmente viento próximo; el verdor o la negrura, lluvia. Los dos mezclados, viento con lluvia. En el mar este es un signo que suele presagiar tempestades y tormentas. El brillo y la blancura clara son buen signo, sobre todo en el océano. Por lo general presagian tiempo tranquilo y sereno.

104 Hasta aquí hemos limitado nuestras observaciones a los signos naturales. En cuanto a los signos sobrenaturales, es materia de ciencia y experiencia especiales, como la Astronomía Mágica y semejantes. Ahora bien, aquí es muy necesario tener un conocimiento cierto.

104.2 De aquí proceden muchas artes, como la geomancia, la piromancia, la hidromancia, la caomancia y la necromancia, cada una de las cuales tiene sus propios astros particulares, y estos astros signan de modo sobrenatural. Los astros de la geomancia signan o imprimen sus marcas en los cuerpos terrestres de todo el mundo de muchas y variadas maneras.

104.3 Cambian la tierra, producen terremotos y desprendimientos, hacen colinas y valles, sacan muchas formaciones nuevas, producen gamahei en figuras desnudas e imágenes de notables poderes y potencias, que reciben de los siete planetas, igual que el escudo o la rodela recibe la bala o el dardo de un hondero.

104.4 Pero saber cómo pueden distinguirse unos de otros estos signos e imágenes de los gamahei, y qué significan en la magia, requiere gran experiencia y conocimiento de la Naturaleza, y de ningún modo puede tratarse aquí perfectamente.

104.5 Pero ha de advertirse esto: que toda piedra o gamaheus posee solo el poder y las propiedades de un planeta, y así solo puede ser dotada por ese único planeta. Y aunque, en verdad, dos o más planetas pueden conjuntarse en los cuerpos terrenos, como en el firmamento superior, no obstante uno es oprimido por el otro.

104.6 Pues así como una casa no puede tener dos amos, sino que uno expulsa al otro, así ocurre también aquí.

105 Uno queda como amo; el otro se vuelve esclavo. O como cuando uno guarda una casa y otro le sobreviene, lo expulsa por la fuerza y se hace amo, disponiendo todas las cosas a su voluntad y gusto, mientras el otro queda reducido a la esclavitud, así también un astro expulsa al otro, un planeta al otro, un ascendente al otro, una influencia a otra, una impresión a otra y un elemento a otro.

105.2 Como el agua apaga el fuego, así un planeta borra la propiedad del otro e introduce la suya. Y así sucede con sus signos, que son múltiples, y no solo caracteres, como algunos piensan, sino todos los que se hallan en el

mapa entero de los planetas, es decir, todo lo que es afín a esos planetas o les está sujeto.

106 Para hacerme entender más fácilmente, añadiré un ejemplo. Al planeta Sol pertenecen la corona, el cetro, el trono, todo el poder y la majestad reales, todo el dominio, todas las riquezas, tesoros, ornamentos y aparatos de este mundo.

107 Al planeta Luna están sujetos toda la agricultura, la navegación, los viajes y los viajeros, y todo lo que concierne a asuntos de esta clase.

108 Al planeta Marte están sujetas las municiones (como las llaman), todas las corazas, petos, lanzas y todas las armas, con todo lo relativo a la guerra.

109 Al planeta Mercurio están sujetos todos los hombres de letras, todos los instrumentos mecánicos y todo requisito del arte.

110 Al planeta Júpiter están sujetos todos los juicios y leyes, todo el orden levítico, todos los ministros de la iglesia, la decoración de los templos, los ornamentos y todo lo demás que pertenece a esta clase.

111 Al planeta Venus están sujetas todas las cosas relativas a la música, los instrumentos musicales, los ejercicios amatorios, los amores, los libertinajes, etc.

112 Al planeta Saturno están sujetos todos los que trabajan en la tierra y bajo ella, como metalurgistas, mineros, sepultureros, poceros, con todas las herramientas que usan.

113 La piromancia muestra sus signos por los astros del fuego: en el fuego común, por chispas, llamas, chasquidos, etc.; en las minas, por coruscaciones; en el firmamento, por estrellas, cometas, truenos y relámpagos, nos-

toch y cosas semejantes; entre los espectros, por salamandras, étnicos y otros espíritus semejantes que aparecen en forma de fuego.

114 La hidromancia da sus signos por los astros del agua: por olas, inundaciones, sequías, decoloraciones, lorindi, nuevas crecidas, arrastre de tierras. En la magia y la necromancia, por ninfas, visiones y monstruos sobrenaturales en las aguas y en el mar.

115 La caomancia muestra sus signos por los astros del aire y del viento: por decoloración, por la pérdida y destrucción de todas las cosas tiernas y sutiles a las que se opone el viento, sacudiendo y arrancando flores, hojas, frondas, tallos. Si los astros de la caomancia se excitan, los Necromicse caen del aire superior, y con frecuencia se oyen voces y respuestas.

115.2 Los árboles son arrancados de la tierra de raíz, y las casas derribadas. Se ven Lémures, Penates, Ondinas y Silvanos. Así también caen sobre los árboles el Tereniobin, la Tronosia y el Maná.

116 La necromancia muestra sus signos por los astros de la muerte, que también llamamos Evestra, marcando el cuerpo de los enfermos y de los que están por morir con manchas rojas, lívidas y purpúreas, que son signos ciertos de muerte al tercer día de su aparición.

116.2 También signan las manos y los dedos de los hombres con manchas de color arcilloso, que son signos seguros de algo, bueno o malo, que está a punto de suceder. Cuando se mueven los astros de la necromancia, los muertos dan milagros y signos, los difuntos sangran, se ven cosas muertas, se oyen voces desde las tumbas, se levantan tumultos y temblores en el osario, y los muertos aparecen con la forma y el vestido de los vivos, se ven en visiones, espejos, berilos, piedras y aguas bajo diversas apariencias.

116.3 El Evestrum y los Tarames dan signos golpeando, batiendo, aporreando, cayendo, arrojando, etc., donde solo se oye un alboroto o un ruido, pero nada se ve. Todos estos son signos seguros de muerte, que la presagian para aquel con cuyo vestido aparecen los espectros, o para alguno del lugar donde se oyen.

117 Sobre estos signos podría escribirse mucho más de lo que se ha dicho hasta aquí. Pero como traen consigo fantasías, imaginaciones y supersticiones malas, dañinas y peligrosas, que pueden ser causa no solo de desgracia, sino incluso de muerte, las pasamos en silencio. Se nos prohíbe revelarlas, pues pertenecen solo a la escuela antigua y al poder divino. Y así damos ahora fin a este nuestro libro.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0